

MIGUEL HIDALGO Y COSTILLA

1810-1907



SEPTIEMBRE DE 1907

REVISTA MODERNA DE MEXICO

The title 'REVISTA MODERNA DE MEXICO' is rendered in a bold, black, sans-serif font. The word 'REVISTA' is on the top line, 'MODERNA' is on the second line, 'DE' is on the third line, and 'MEXICO' is on the fourth line. The letters are large and blocky. Behind the text, there are two illustrations. On the left, a woman in a classical-style dress is riding a spotted horse. On the right, a skeleton is riding a horse and holding a scythe. The illustrations are in a woodcut or engraved style.

DIRECTOR, JESÚS E. VALENZUELA. CONSULTOR ARTÍSTICO, JESÚS URUETA.

LAS EPOPEYAS

A la tierra insigne de Guanajuato,
grande entre las grandes.

Bosque longevo y prócer, en tu pensil tesoro,
bajo el triunfal augurio de la mañana de oro
que envuelves en la espira de tu eterno incensario;
mientras al cielo eriges las perpetuas ofrendas
de tus frondas, pesadas de siglos y leyendas,
voy á evocar las glorias de un gran aniversario.

Voy, fiel y reverente, á exaltar sobre el rudo
metal de mi poema, como sobre un escudo,
la mística figura del austero adalid;
su antiguo ademán bíblico que en las centurias medra,
aquel heroico gesto con que lanzó la piedra
por Dios mismo apuntada, como la de David.

Oh bosque prócer, dame tus múltiples orquestas
y la explosión de savia que tiende en tus florestas
los gayos tornasoles de su manto divino;
quiero la urente vida que consumas y causas,
que dejes, de mis salmos en las formales pausas,
la glosa del susurro, del perfume y del trino.

Yo vengo, Padre Hidalgo, de tus duros senderos
con vértebras de rocas; de tus hogares fieros;
brava tierra de oro como crin de león;
y sorprendí en los vastos vientos de las montañas
las voces elocuentes de sus rocas hurañas
que esculpieron tu historia sobre mi corazón.

Soy tu rapsoda, oh Padre; desperté los oráculos
de tus rocas natales, lapídeos tabernáculos
donde ves, redivivo, fluir la eternidad;
soy un eco lejano de tus montes custodios,
cuyas salvajes frentes calcinaron los odios
y los fuegos divinos de un cielo en tempestad.

Traigo esta nota sólo de ese ritmo profundo:
En un pueblo mediocre que se pierde en el mundo
y en el mapa de América con esfuerzo se ve,
vivía un fraile lleno de arrugas y de canas
—esos torvos señuelos de las sombras arcanas—
que en un surco de tumba resbalaba su pie.

Antes que dé á la patria las púrpuras eximias
de su sangre, le ofrenda la miel de sus vendimias;
es industrial el mártir, da formas á la greda;
y con las glaucas hojas de las moras oscuras,
le tejen sus toisones, sus regias vestiduras,
sus argentinas lamas, los gusanos de seda.

Clemente y bueno como un padre, nunca extraño
á los padecimientos del mísero rebaño,
vestido de piedades escatimó los duelos;
no fué como las torpes grandezas palatinas
que en ocios opulentos señalan disciplinas
y apuntan con las manos enjoyadas, los cielos.

El extiende su brazo redentor al tormento
lleno de hondos afanes del redil macilento,
y le ofrece el pan ázimo que sus manos rituales
han mojado en el vino de las propias heridas:
Que no se abren las palmas en las pascuas floridas
si están limpios de sangre los vellones pascuales.

Y comenzó el Epónimo la homérica fatiga;
reluce en su dalmática la fe, como loriga;
levanta de las glebas dolientes, su legión,
que si esgrime utensilios, aperos de labranza,
también lleva invisibles broqueles de esperanza
y una virgen morena que triunfa en su pendón.

Y en la sotana obscura, de negra noche espejo,
como el oro flamígero que agrieta el entrecejo
del nubarrón, revienta la aurora de carmín;
y pálida de asombros circunda la mañana
aquellas torres, donde la voz de una campana
resucitó á los muertos con rugiente clarín.

Gran voz, como de trueno que empujan terremotos,
que es dispersión de rayos entre nublados rotos,
que al somatén levanta con su inmenso temblor;
que eternamente rueda por el cielo infinito,
porque lleva en sus ecos un infinito grito
humano, de iras santas, de esperanza y dolor.

Y se perfila el héroe pontífice y soldado;
la mano que bendice y al pueblo arrodillado
ofrece en las liturgias el cáliz del altar,
oh inmarcesible Washington, será la que arrebate
de tus panoplias épicas la espada de combate
cuyo esplendor incendia su túnica talar.

Oh espada fulgurante, Durandal estupenda;
fuego del cielo sobre la Alhóndiga tremenda;
grave sanción de todas las sangrientas vindictas;
de los castigos brotan tus implacables lumbres
cual de la noche trágica la gloria de las cumbres
invictas, en los ortos de ráfagas invictas.

A punto ya de alzarse del término secreto
un gólgota á la audacia divina de su reto
que empurpuró el espacio con lavas de volcán;
antes que con su sangre le arranquen los breviarios
de la Libertad, entre los rojos vendimiarios,
frente á las tempestades y sobre el huracán,

Abre la excelsa página de cegadores visos,
la que proclama á todos los hombres manumisos,
la indeclinable regla, la redentora ley,
y fija sus divinos preceptos con los clavos
todavía sangrientos que arranca á los esclavos....
Y con las manos libres se levantó su grey.

Y este era un fraile lleno de arrugas y de canas,
proscrito de las briosas primaveras lozanas,
que en un surco de tumba resbalaba su pie;
mas iba con tres vírgenes de bellezas astrales
—eran las tres divinas Virtudes Teologales—
apoyado en el hombro juvenil de la Fe.

Y luego el sacrificio supremo, el holocausto
del cordero litúrgico, el patíbulo infausto
que sofoca la vida, ya senil, de su pecho;
que sólo en su camino la humanidad avanza,
cuando, ciega de sangre, le grita una esperanza
y ve sobre un cadalso fulgurar un derecho.

Es fuerza que tormentas cubran el cielo zarco
para que el iris prenda los triunfos de su arco
cual mágica promesa sobre el crespón sombrío;
es fuerza que derramen sus penetrantes lloros,
para que las campiñas descojan sus tesoros
—joyantes aderezos cargados de rocío.—

Las hiedras dan tapices de rosas á las ruinas,
las rosas sus inciensos sobre tallos de espinas,
la mácula del humo presagia el arrebol;
la inercia de las larvas el vuelo que se encumbra,
la estrella clava un triángulo de luz en la penumbra
y encima de las noches aciagas, brota el sol.

Así, mientras el astro perenne de su gloria
proyecta en horizontes sin fin su trayectoria
lanzada por la curva de un bólido caudal,
como las venerandas reliquias de los santos,
sus huesos dolorosos, sus huesos sacrosantos,
se adoran sobre un ara, bajo una catedral.

Tal dicen, Padre Hidalgo, las elocuentes bocas
que las fugas del viento despiertan en las rocas,
en esos magnos códices de tus insignes fastos;
insignes como el oro durmiente en sus entrañas,
eternos cual la vida que tienen las montañas
solemnes de grandezas y de silencios vastos.

.....

Libertador, en medio de este pensil tesoro
que vió de Moctezuma pasar la silla de oro
y oyó correr el llanto de los ojos de Hernán....
Que guarda entre sus frondas de murmurar ecoico
el desdén de Cuahtémoc en el tormento estoico
y la altivez de cumbre de su egregio ademán,

Como nuestros abuelos que en marchas fugitivas
alzaban en los campos sus lápidas votivas,
las estelas simbólicas del clan y el corifeo,
oh Padre santo, cabe los ahuehuetes broncos,
junto á los obeliscos enormes de sus troncos,
bajo su augusta sombra, levanto mi trofeo.

RAFAEL LÓPEZ.

México, Septiembre de 1907.





LITERATURA HISPANO-AMERICANA

(CONCLUSIÓN).

Pero los que se acantonan en determinados puntos, dan prueba de una falta de concepción general, que advertimos en el mismo señor Rodó, cuando se percibe á juzgar el Prefacio y se queda enredado en dos detalles: la afirmación de que la verdadera actividad de las letras empieza en la América del Sur con las generaciones jóvenes y las clasificaciones incidentales de «imitación directa» é «imitación aplicada.» Que un hombre estudioso y prudente, como él, se limite á examinar fracciones y pierda pie hasta el punto de olvidar las grandes líneas, es cosa que nos aflige de veras, porque descubre una contradicción amarga entre la grandeza de nuestros destinos y la incertidumbre mental de los hombres que deben darles forma. ¿Cómo? ¿En un trabajo donde se delimitan los orígenes, la influencia española, la influencia francesa, el vértigo de las revoluciones, el despertar de las conciencias, la confusión de las tentativas, la aparición del simbolismo y las características múltiples de la literatura juvenil; en un estudio que abarca, bien ó mal, un siglo de vida inteligente, que sintetiza el empuje de varias generaciones y que remueve los

problemas que más apasionan á la intelectualidad sudamericana, sólo ha descubierto el señor Rodó dos puntos que comentar?

De cualquier manera que se mire, esa actitud no está á la altura de lo que podíamos esperar del crítico. Porque ó se halla él en desacuerdo con mis opiniones, y al no decirlo ha faltado á su deber de mentor y de guía; ó coincide con ellas, y entonces salta á los ojos que al abstenerse de declararlo ha dado prueba de una parcialidad incompatible con la ponderación ceremoniosa que lo caracteriza.

Lo que hay en el fondo de todo esto es una nueva manifestación de la triste enfermedad que tantos estragos causa en España y en Sud América, y que consiste en no decir lo que se sabe y en no saber lo que se quiere. La tendencia enojosa á contemporizar con todos, inmoviliza á los hombres y les impide descubrir opiniones resueltas y abarcar vastos panoramas. Los que no resbalan sinuosamente evitando los obstáculos, toman actitudes brumosas que los ponen á cubierto de toda explicación. Preguntadles lo que les irrita y os contestarán eligiendo los detalles para pa-

recer dogmáticos y profundos. Interrogados sobre lo que les sonríe, y se limitarán á citar nombres indiscutibles y á formular equivalencias hábiles. Ignoran que lo que nos disgusta en ellos es precisamente el empeño que ponen en gustar, porque nada es más fácil que volver la espalda á toda afirmación, dejar obrar á los otros y reservarse la tarea cómoda de fulminar imperfecciones. Y olvidan que la medida del escritor la da su aptitud para encararse con los bloques de ideas y su audacia para proclamar su convicción con la serenidad de la energía, en estas épocas atormentadas y febriles en que no abundan los hombres desinteresados que, ajenos á los egoísmos personales, sepan servir de quilla á la verdad.

Pero examinemos los puntos que han fascinado al Sr. Rodó y le han impedido opinar sobre el Prefacio. Según él, la verdadera actividad intelectual de la América española no empieza con las generaciones jóvenes, y á su juicio no cabe hablar de «imitación directa» y de «imitación aplicada.» Demás está decir que ambas afirmaciones se funden en una sola, con lo cual no estamos de acuerdo.

Aunque comparemos el movimiento de imitación de las generaciones que nos han precedido con la manifestación más discutida del decadentismo de 1890, tendremos que reconocer en ésta un progreso notable. El lenguaje se ha rejuvenecido, las ideas se han renovado y la libertad lo ha teñido todo del color del porvenir. Pero con lo que conviene comparar la imitación de antes, si se quiere advertir la diferencia, es con la floración prometedor y original que triunfa en este siglo, con la masa enorme de talentos victoriosos y de individualidades indómitas que están sentando las bases de nuestra literatura definitiva.

No diré que, tomados en bloque, resul-

ten en América los progresos intelectuales, tan innegables como los económicos. Pero si el Sr. Rodó reflexiona, tendrá que reconocer entre las características nuevas la libertad de lenguaje, el inteligente criollismo, cierto soplo de rebelión y la confianza orgullosa que nos empuja á salvar los límites del continente. Decir que estamos en la misma situación que en tiempo de Montalvo y Andrade, es cerrar en la misma América los ojos ante una evolución que empieza á ser estudiada en Europa. Bastaría recordar lo que ha ocurrido en el Teatro y citar los nombres de Payró, Sánchez, Blixen, Pagano, Peña, Cione, Pérez Petit, Soria, García Velloso, Duhau, Laferrère, Ghirardo, Fontanella y otros que escapan á causa de la precipitación con que escribo, para tener la convicción de que, á pesar de ciertas deficiencias, asoma un arte fundamentalmente nuestro. Claro está que como esos autores viven aún, no benefician del vidrio de aumento de la posteridad; pero el Sr. Rodó no puede exigirles que desaparezcan para conquistar la investidura de fundadores de un teatro.

Es innegable que la imitación directa y servil, que fué la distintiva de los primeros tiempos, se ha transformado en imitación aplicada, es decir, libre. ¿Se atrevería el Sr. Rodó á sostener (aun haciendo lo consabida salvedad de las excepciones) que los escritores de hoy son simples copistas disciplinados? En el continente se arremolinan todas las influencias, pero esa misma diversidad de empujes es la que, al dar nacimiento al espíritu crítico y al favorecer la selección, ha hecho brotar las particularidades que acentúan el matiz regional. Por eso es que cuando decimos que la verdadera historia de las letras americanas empieza con las generaciones jóvenes, no aventuramos una paradoja. Entre la intelectualidad de hoy y la de 1870, media una

distancia considerable. Nuestros pensamientos y nuestra aptitud para realizar belleza han tenido que progresar como la importancia de nuestros diarios, como el aspecto de nuestras ciudades, como el conjunto de nuestra vida, porque no es posible que cuando todas las formas de la actividad evolucionan y bullen devoradas por la llama del progreso, permanezca estancada precisamente aquélla que es el origen y el resultado de las demás.

Ciertas afirmaciones podrán resultar ofensivas para nuestra generación, pero no consiguen hacer olvidar la prudencia con que se ha negado el crítico á hablar de la literatura del continente.

*

Si insistimos en ello, es porque ya es hora de que el Sr. Rodó, que viene mariposeando desde hace muchos años en folletos minuciosos que coinciden con los cambios presidenciales, nos dé al fin en un libro sus opiniones sobre ese asunto. Él no es novelista, ni poeta, ni sociólogo, ni periodista, ni luchador, y su actitud, limitada como está á la crítica, puede emplearse para bien de todos en esa labor necesaria. Para merecer el reconocimiento de América, no basta afirmar que yo no he logrado hacer una Antología de inmortales; es necesario definir la atmósfera literaria, de limitar sus zonas, descubrir sus corrientes, analizar su composición y establecer una especie de cuadro meteorológico que permita abarcar el estado actual con los antecedentes que lo hicieron posible y las consecuencias ó previsiones que de él se pueden deducir. Esa es la obra que estamos esperando. No lo decimos para molestar al crítico, ni para confirmar vanas superioridades. Ambos somos simples moléculas, si nos comparamos con los intereses que están en juego y con los destinos

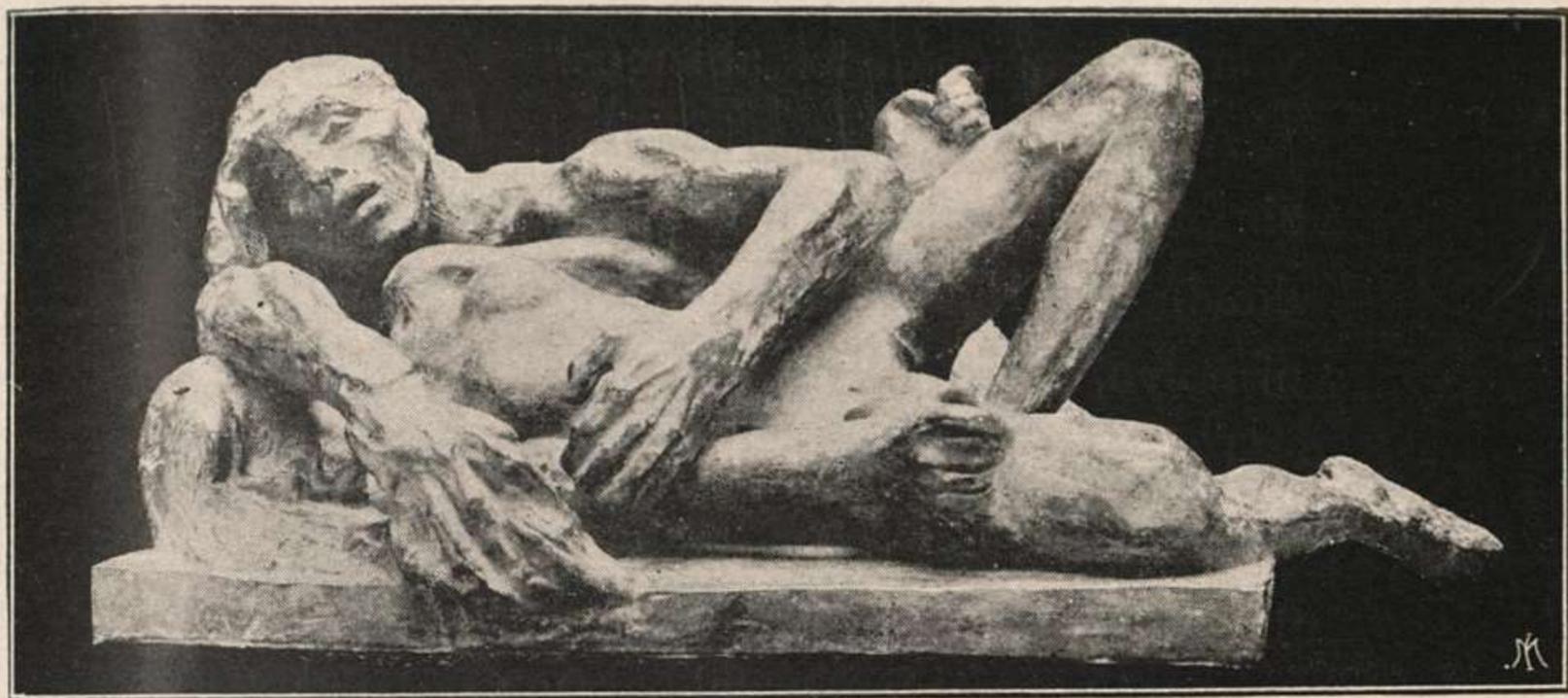
de nuestra raza en el porvenir. Lo hacemos porque experimentamos, como todos, la necesidad de ver condensadas en un volumen la historia y la psicología del esfuerzo mental que ha realizado Sud América.

En vez de estar descorazonando á la juventud con tristes afirmaciones y vaticinios hoscos, conviene realizar cosas durables y sembrar el optimismo y la confianza que son la distintiva de los fuertes. Todo está entre nosotros por hacer. Inmensos territorios piden brazos y cerebros que los fecunden. La tierra parece hincharse de ansiedad, reclamando máquinas para hacer valer su riqueza, exigiendo ciudades populosas para centralizarlas y llamando á los talentos creadores que deben servir de espejo en el despertar maravilloso.

¿Cómo seguir siendo espectadores en medio de esta movilización de actividades? Si yo tuviera que arengar á las nuevas generaciones, les diría:

—Trabajemos para poder juzgar con más indulgencia el trabajo de los demás. Levantemos los muros de las futuras metrópolis intelectuales. Y lejos de resignarnos á la somnolencia del pescador de imperfecciones, pongamos manos á la obra y ayudemos á modelar la fisonomía de esta América que se adelanta á ofrecer sus tesoros á un segundo conquistador: el pensamiento. No es posible que el mutismo siga pasando por profundidad y la inmovilidad por virtud. Claro está que yerran menos los que menos hacen. Pero la impaciencia y la audacia son las mejores prendas de los trabajadores del porvenir; y los que luchan son los únicos que embellecen la vida, porque al vencer imposibles difunden en torno la atmósfera sutil de esos sueños en que hay figuras que pasan levantando polvo de estrellas en el corazón.

MANUEL UGARTE.



Resurrección (bronce), por Augusto Rodin.



VIAJE SENTIMENTAL

Los que visteis salir por vuestra puerta
para siempre, en la paz del ataúd,
con los fríos despojos de una muerta
todos los sueños de la juventud.

Los que, de noche, trémulos de frío,
lloráis de espanto en vuestro lecho al ver
junto á vosotros un lugar vacío,
esperando á quien nunca ha de volver!

Los que soñasteis y encontrasteis una
mujer que, por encanto ó por fortuna,
encarnase los sueños del amor,

y al perderla os hallasteis sin abrigo,
¡venid á solas á llorar conmigo,
porque de todos es este dolor!

Ascender por las ásperas vertientes
restos de milenarios cataclismos,

sintiendo el rebotar de los torrentes
y la fascinación de los abismos!

Algún cordero extraviado bala
sin atreverse á andar por la vereda
donde, si torpe nuestro pie resbala,
ni polvo, acaso, de nosotros queda.

Una chorla negrea en un espino.
Se oyen ladrar los perros del molino
que rasgando las nieblas matutinas
aparece en el fondo del barranco
Yo ante la muerte, pienso en las divinas
pupilas negras de tu rostro blanco.

Me apoyo en el alfeizar sollozante,
llorando con la copla que se aleja,
y me parece ver su sombra errante
perdersse con la luna en la calleja.

Y el rumor de la fuente me estremece.
Alguien la luz de mi velón apaga,
y hasta el aliento del jardín parece
su aliento que de nuevo me embriaga.

—¿En dónde estás, en dónde? digo al viento.
—¡Aquí! responde con su mismo acento
mi labio tembloroso de emoción

Y un espanto de muerte me sofoca
al sentir que su voz sube á mi boca
del fondo de mi propio corazón!

El palpitar sonoro de la fuente
—corazón del jardín—me estremecía,
recordando la mano de la ausente
que á refrescarse en su cristal venía.

Los peces están tristes. No fascina
el purpúreo fulgor de sus escamas,
ni entre el verdor algal de la piscina
fingen batallas de movibles llamas.

Fueron perdiendo su color. En vano
sueñan con las migajas de tu mano
esta tarde hallé dos flotando yertos
sobre el verdor del agua sosegada,
y en los cristales de sus ojos muertos
vi tu divina imagen reflejada.

Al vetusto molino, sombra presta
vieja vid de racimos de amatista.
Entre el vivo verdor de la floresta
su blancura de cañal ciega la vista.

Cuando el calor abrasa la garganta
del segador curvado en los trigales,
y se asfixia la voz, y sólo canta,
bajo el sol, la cigarra en los parrales,
buscando su frescor llegó al molino,
y sentado á la sombra de la puerta,
me pongo á contemplar aquel camino
cubierto de floridas zarzamoras,
donde una tarde nuestra novia muerta
se hirió los dedos al coger las moras.

Entre rumor de besos y de risas
van las doncellas á bañarse al río
bajo la luna de San Juan. Las brisas
dan ensueños de aromas al vacío

hogar sin risas donde, vivo, muero,
intentando anudar los rotos lazos,

y tendidos los brazos aún espero
á la que nunca volverá á mis brazos.....

Doncellas que á bañarse vais al río,
¡tened piedad de mi dolor sombrío,
y callad, al pasar bajo mis rejas!.....

No aumente mi penar vuestra alegría....
no hay miel en el panal de mi poesía....
¡se murieron con ella mis abejas!

¡Oh, sereno Mondego, en tus cristales
á la luz de la luna se retrata |
la ciudad con sus luces nocturnales
sobre un fondo de álamos de plata!

¡Legendaria corriente de poesía,
dí si en tu curso misterioso viste
alguna faz más pálida y más triste
y una pena más honda que la mía!

Yo busco tu ribera silenciosa
para soñar con su visión radiosa
en estas claras noches estivales,
mientras la luna, pálida hilandera,
en su rueca de plata hila ligera
sus ensueños de luz en tus chopales.

Los ojos del crepúsculo de estío,
bajo las duras cejas de la puente,
reflejaban las brasas del Poniente
sobre el espejo de cristal del río.

Rumor de las campanas vesperales
hizo temblar de conmoción el agua,
y avanzó lentamente la piragua
entre sangrientos bancos de corales.

Apagaba sus fuegos el paisaje. . . .
Yo, tembloroso, musité:—¿Me amas?
Y hasta la astral blancura de tu traje
ruborizóse repentinamente,
como si te envolvieran en sus llamas
las celosas pupilas del Poniente.

¡Campanero del pueblo, campanero,
no me despiertes más tocando á misa!
¡Deja que duerma, que durmiendo espero
seguir soñando con mi pobre Elisa!

A mi lado tan cerca la veía,
antes que tu tocar me despertara,
que en mis mejillas palpar sentía
el tibio terciopelo de su cara.

Campanero del pueblo, campanero,
despierto y solo, de terror me muero
en esta habitación que oyó su risa!

¡Sólo en sueños la ve mi vida enferma!
¡No me despiertes más, deja que duerma
soñando para siempre con mi Elisa!

FRANCISCO VILLAESPESA.

(Del libro en prensa "In Memoriam.")



EL CLAUSTRO

Á Udón Pérez.

Traspuse los umbrales con emoción alegre; pero ya adentro, ¡qué desolación! Solitarios y mudos, los corredores producían la impresión de un caserón asombrado, lúgubre. El patio del algibe, lleno de sol, sin una sola planta, parecióme más grande. En el corral enorme prosperaban aún los cujies como en mejores días de antaño. Involuntariamente iba reconstruyendo la vida que antes se agitara por estos corredores, como un desbordamiento de juventud. El bullicio de las risas y las voces frescas ponían en la austera mansión una nota de júbilo. El viejo caserón, adusto como un catedrático imbécil, encerraba una bandada de pájaros locuaces, á toda hora llenos de alegría. Su severidad de convento, de casa de Dios, propicia á las meditaciones taciturnas de los monjes, á la vida simple y bonachona que discurre en paz y en silencio, con mansedumbre humilde, se veía turbada entonces por la algarada jovial de los más jóvenes y por las pláticas de los mayores, que soñaban inocentemente con empresas prodigiosas, trataban á los profesores con poco respeto, y veían en la vida una propiedad exclusiva de la juventud. Todo el hervor de la sangre juvenil llenaba de murmullos audaces el ámbito de la vieja Universidad. Se odiaba al convento vecino y á sus frailes barbudos y severos, de ojos de rapiña. Se proyectaba expulsarlos insolentemente. Algunos escribían versos, rebosados de quejumbres y frescas lágrimas, sobre la cal de las paredes. Se soñaba en publicar periódicos tremebundos contra los viejos aferrados á la tradición, y contra los tiranos que estaban demoliendo la Patria.

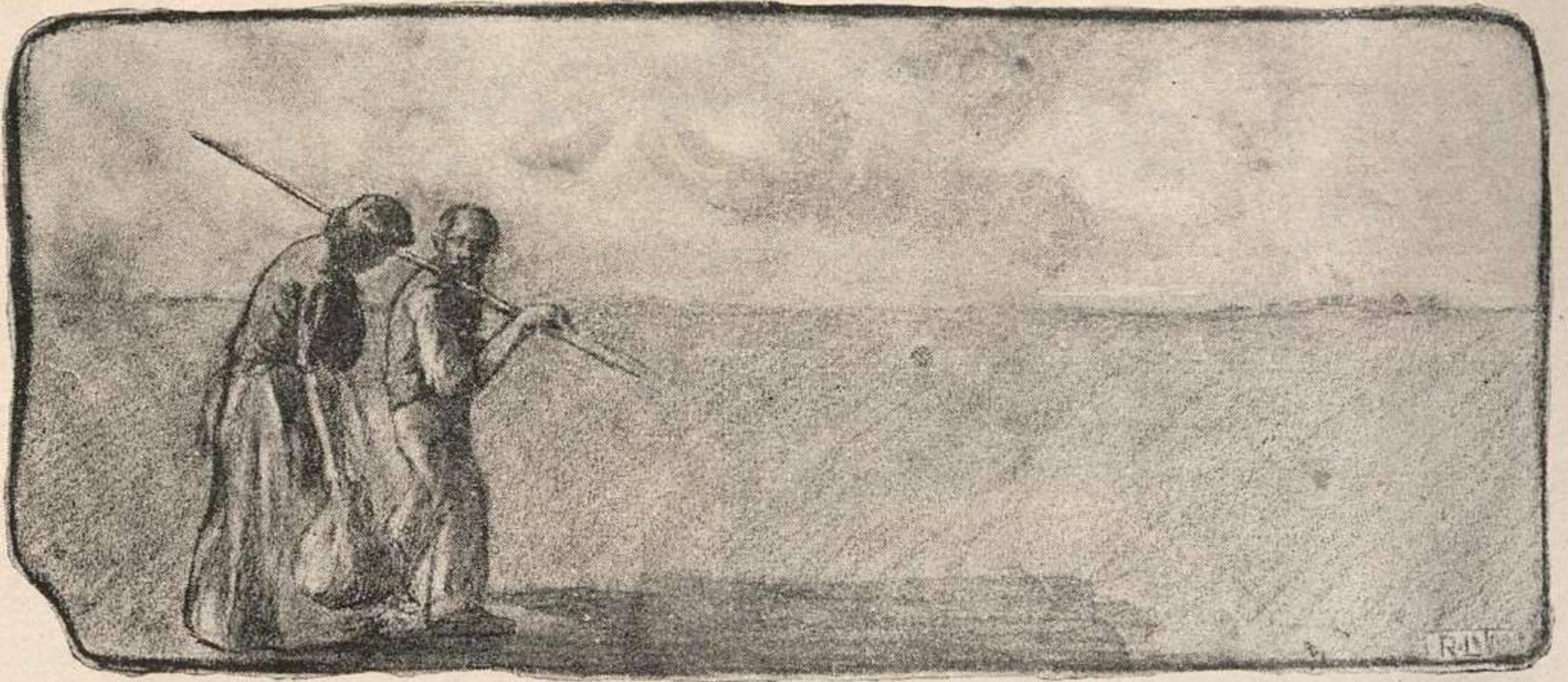
Ahora mis pasos resonaban lúgubres, hondos, como si fuera caminando por sobre tumbas. En las estancias reinaba un perfume de soledad, de vejez. La voz del viejo bedel era débil y triste. Él también parecía envuelto en la desolación del edificio. Yo lo interrogaba con tristeza; y de sus respuestas percibía sólo un rumor de lamento, en el cual se disolvían las palabras inútiles. Y de repente, una noticia: «—¿la perra?— había muerto.» Era una perra hermosa, robusta, alegre, cuya virginidad era tema eterno de chistes sin substancia: el pulcelaje no tenía duda. Sus ladridos alegres ponían en conmoción el claustro, retumbaban por las bóvedas, como sonoras aleluyas. Era parte de la alegría universitaria. Asomábase á las ventanas como una damisela, y les gruñía ferozmente á los profanos trausennentes. Hoy, en la paz mortuoria del recinto, su ladrido sería una invocación á la activa alegría de otro tiempo. Y ha muerto también, como murieron nuestras ilusiones cándidas, como murieron nuestros sueños.

Salgo á la calle, y me alejo contristado. El sol de mi tierra, violento y brutal, llamea en el cielo, calienta el aire, y arde en las piedras del arroyo. Parece una antorcha de venganza suspendida en el espacio por el enojo de una divinidad. Y me imagino que fué este sol hostil y bárbaro que agosta las flores y anemia los cuerpos, el mismo que puso en fuga el bienestar, los sueños y las risas, que rebosaban un tiempo en el edificio vetusto, como la espuma de un vino nuevo en una copa antigua.

JESÚS SEMPRUM.



JÚPITER, POR AUGUSTO RODIN.



EN EL ÁLBUM DE LA SRITA. ANGUSTIAS FERNÁNDEZ

Como en pétalo blanco de margarita
 en tu álbum escribo la primer hoja;
 y una lágrima amarga mi faz marchita
 quema con fuego lento cuando la moja.

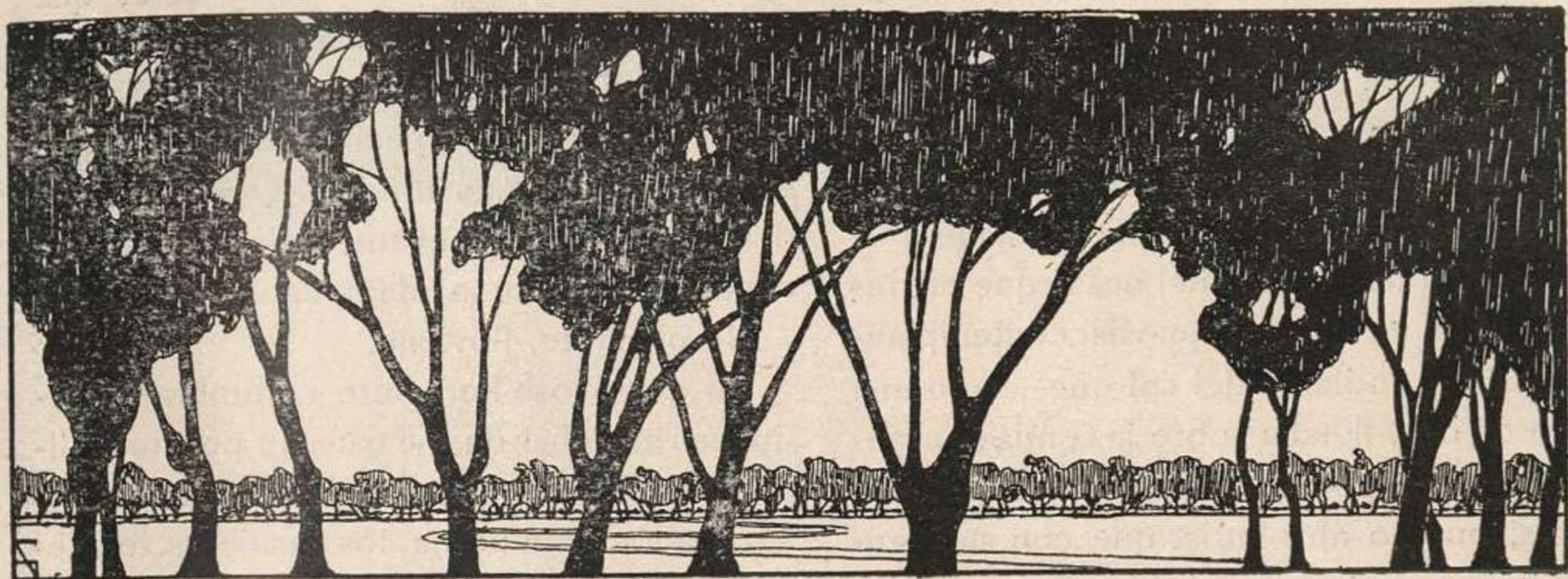
El pecho me tortura larga congoja:
 mientras tu vida sueñas como infinita,
 la mía ya concluye como una hoja
 que al surco de la muerte se precipita.

Tus ojos al abrirse miran pensiles
 que para ti se llenan á la alborada
 de flores y de brisas y cantos de ave:

para las viejas almas ya no hay abriles,
 y del tiempo en la última marejada
 sin esperanza se hunde mi frágil nave.

JESÚS E. VALENZUELA.

1907.



HOJAS DE BAMBÚ

LAS GAVIOTAS

Para la "Revista Moderna."

Fieles compañeras de travesía; pertinaz cortejo de la nave; locas enamoradas del mar; las gaviotas baten sin tregua sus infatigables alas.

Vuelan trazando inmensos círculos; se columpian á ras del agua; se elevan como si fueran á remontarse al cielo que se extiende allá arriba como otro océano de candidas espumas, y descenden de nuevo hacia las encrespadas olas que rocían su plumaje de salobres salpicaduras; se mecen sobre el zafir del acerbo piélago, embriagándose con los efluvios de su penetrante perfume y palpitando de salvaje deleite al unisono de sus cristalinos estremecimientos; se tienen inmóviles en el aire con los remos en cruz; se bornean fingiendo tirantes arcos; caen como agudos arpones; se posan por breves momentos en el rizado surco de la estela cintilante, y tornan á emprender el vuelo otra vez á la zaga de la nave, cerniéndose á distancia, como el pañuelo vaporoso que se agitó dolorosamente allá lejos, en el

trance de aquella despedida definitiva é inevitable.

Gaviotas, fieles compañeras de travesía; pertinaz cortejo de la nave; locas enamoradas del mar; vosotras sois las imágenes de los recuerdos que se ciernen sin tregua sobre mi memoria; sois los emblemas de mis pensamientos que tienden su vuelo sin descanso, empapando sus alas en el acerbo oleaje de mi espíritu; sois los símbolos de mis saudades que constantemente me siguen á la remota playa á miles de leguas del dulce puerto de mi cariño.

Después, ignoro si me mantuve en estado de insana vigilia, ó si pasé los días sumido en mórbida somnolencia, ó si me hundi en negro sueño en que sufrí la tortura de espantosas visiones, grité herido por dagas de lancinante amargura, ó me sacudí estrujado por ráfagas de terrible belleza.

Unas veces era el fastidio que con su demoniaca influencia privaba á la lectura del poder de arrancarme del tiránico dominio

del tiempo, despojaba al recuerdo del hechizo de representarme pasados deleites ó cubría con sus espesas nubes la arquitectura de mis ilusiones resplandecientes, que hundían osadas en lo porvenir las flechas de sus arábigos alminares; otras veces era la fascinación irresistible del ocaso que me inmovilizaba en honda hipnosis, contemplando el disco rutilante del sol que, como una boya de oro, flotaba sobre las ondas ensangrentadas; en ocasiones eran la soledad y el aislamiento absolutos, que con sus agudas garfas destrozaban mi corazón cuando en las noches brumosas me paseaba sobre la cubierta humedecida oyendo pasar á mis pies el tropel de las olas ululantes; ó era el espectáculo magnífico del cielo cuajado de estrellas que esplendía sobre mi cabeza como bizantina cúpula, en cuyo fondo azul turquí titilaban las constelaciones luminosas; ó era el vértigo del viento, del formidable viento del océano, que en huracanada carrera pasaba en su ruidoso carro tirado por hipocampos crinudos y desbocados, levantando del líquido desierto nubes de polvo cristalino; ó era la desesperación de mis miradas que revoloteaban como prisioneros pájaros, azotándose en infranqueable muro del horizonte; ó era la intermitente pesadilla de considerarme para siempre á bordo de una nave que sola, jadeante, despavorida, bogaba en el colérico océano, navegando en dantesca travesía, sin descanso y sin esperanza al través del infinito pavoroso.

Al noveno día de la partida de Honolulu y décimotavo de viaje, vislúmbrase al

cabo en lontananza una zarca cinta que ya no es la línea donde mar y cielo se confunden, una cerúlea faja que es la tierra esperada por todos los pechos, una tierra que es la playa del País donde el Día comienza, del Reino del Sol Levante, Nido de la Aurora y Palacio de la Mañana.

No obstante, llovizna.

En el borroso horizonte colúmbranse pequeñas manchas que se truecan pronto en ligeros *sampanes* pescadores de audaces velas; agrupados en la borda, los pasajeros requieren los catálogos comunicándose sus hallazgos en el cabo Kin; un vapor que sale de la bahía de Yokohama, esparce á lo lejos su espesa trenza de humo bordando su silueta en la cortina de diáfanos abalorios, y el océano, que hasta hoy se ha dilatado ante la vista como un Sahara líquido, puéblase casi de súbito en muchedumbre de *buques negros*, como eran llamados antaño los vapores de occidente, en la época del Japón hermético.

Y lo mismo que las gaviotas se mecen alborozadas sobre el mar rizado por suaves ondulaciones, á la vista de la costa que se despliega delante, encuadrada en fresco mareo de vernaes reverdecimientos, mi alma que ciegan deslumbradores cabrilleos de arte y sacuden heroicos estremecimientos, bate las alas y penetra en el misterio del Imperio Nipón, que bajo el Orto magnífico de Amateratsu se agita en continuo é incontrarrestable marea de engrandecimiento.

Yokohama: 20 de Abril de 1907.

EFRÉN REBOLLEDO.





LOS CEREZOS

Á Jesús E. Valenzuela.

Como selva de ensueño ó fantasía
De exaltado pintor; cual bosque de hadas
O copia de oriental celajería
Lucen las arboledas encarnadas.

Ni un punto verde mancha el ramillete
Rosicler de los cármenes vernaes
Que forman deshojándose un tapete
Que se antoja bordado con corales.

Al impulso del aura peregrina
Se cubre de confetti de arreboles,
Y de copos de nieve encarnadina
El papel de los claros parasoles.

Así florece el labio tempranero
De la dulce musmé, y así se abate
Al morir el impávido guerrero
En los sangrientos campos del combate.

Y, ¡oh prodigio! se enciende ante mis ojos,
Rompiendo las tinieblas del pasado,
La aurora de sonrisas y sonrojos
De todas las mujeres que he soñado.

Tokio: Abril de 1907.

EFRÉN REBOLLEDO.



CONTRA LOS LÍRICOS

Los nuevos apóstoles de la regeneración española, imitando el ejemplo de sus precursores, acaban de inaugurar la serie de sus reformas con una sentencia de muerte Muy pronto en la terrible lista de cadáveres ideológicos, indispensables para el triunfo del porvenir, figurarán los de esos pobres reos del más inocente de los delitos: el de cantar los propios entusiasmos.

Puesto que con dolor escuchamos las anteriores condenas, y no menos tristes asistimos después á los respectivos juicios de revisión, ahora pensamos si no será estéril é infecundo el nuevo derramamiento de sangre que se prepara. Acordada, en efecto, la definitiva sepultura del cádaver del Cid, hasta los mismos enterradores propusieron más tarde su exhumación gloriosa. Decretada luego la muerte de Don Quijote, los propios dignísimos magistrados que firmaron la sentencia, hicieron lo posible porque resucitara el valeroso y nobilísimo caballero. Si hoy se ejecuta á los líricos, como está definitivamente propuesto, quizá mañana pidamos todos á los dioses inmortales que los permitan renacer de sus cenizas, como el ave simbólica.

En previsión de esta contingencia, que sería, sin duda, otro pequeño fracaso de la justicia regeneradora, yo me permito suplicar que se conceda á esos reos la gracia de

indulto. Aunque para evitarnos todos la posible rectificación de un error y los consiguientes remordimientos, acaso sería más oportuno ponerlos en libertad y dejarles que siguieran cantando.

Cualquiera que sea la suerte que les aguarde á estos pobres contumaces de la lírica, la sañuda y ciega persecución que hoy sufren, parecerá incomprendible á casi todo el mundo. Y para destruir el general asombro, bastaba con que los instructores del proceso hubiesen concretado sus acusaciones, diciendo con franqueza y claridad: «¡Mueran los líricos . . . de la otra banda; los que cantan ideas, amores y entusiasmos distintos de los nuestros . . . !» Ello hubiera sido quizá injusto, pero muy humano, y por lo tanto, digno de tomarse en consideración, ya que la humanidad está muy por encima de la justicia . . . ¿No ha de ser humana la exaltación de los ideales propios, que obscurece y oculta los ajenos?

Motivos hay para sospechar que esos deseos concretos aletean en el fondo de la virulenta acusación. Porque cuando se dictaban iguales órdenes persecutorias contra los parientes más ó menos remotos de los líricos, mostraron los dictadores resabios idénticos á los que procuraban combatir «¡Abajo los abogados!», decían las voces acusadoras, al mismo tiempo que presentaban los papeles de su pleito y lo defendían

con las más altas inspiraciones de la dialéctica forense «¡Fuera los oradores!» , decían también en un discurso, pronunciado, por cierto, según arte y con todas las reglas construido. ¿Cómo dudar después de esto de que los vicios de los otros pueden convertirse en virtudes nuestras ? Y es que no debemos precisamente desdeñar las armas, sino la manera de esgrimir las. Cier- to que la lírica es desagradable cuando deja de ser un impulso generoso del alma para convertirse en hábito de oficio; pero lo mismo ocurre con todos los apostolados al transformarse en profesiones, con reglamentos y horas de oficina . .

Precisamente en este nuevo movimiento regenerador, que suscita los entusiasmos de los unos y las desconfianzas de los otros, hay la fuerza lírica indispensable para su animación y para su vida. Líricos fueron sus precursores, y lo han sido sus padres, como lo son los herederos que se disponen á cumplir el mandato imperativo. Y esa exaltación sentimental y poética ha encendido en sus corazones el fuego del entusiasmo, que calienta y que alumbra y que es preciso para orientarse en el camino y para sostenerse en los combates. ¿Por qué negar la divina virtud de Orfeo, cuando ella fué el manantial al que acudimos para refrescar el espíritu? Siempre serán líricos los que adivinen la epopeya futura. Porque la pala-

bra cálida y efusiva es anterior á la obra. Porque la acción es posterior al canto.

Esta condenación de la lírica es, en definitiva, un signo de los tiempos. Es una enfermedad endémica que vienen padeciendo los hombres prácticos, los cuales atribuyen á los que no lo son el fracaso de sus naturales iniciativas. Deberían suponer que acaso esté el mal en su propia falta de esas mismas cualidades que persiguen, ya que, hasta ahora, ellos solos dirigieron el mundo, que está tan mal gobernado, según declaran en todo instante. Bien que esa confesión pudiera ocasionar una imprevista crisis, que daría el poder á los líricos, á quienes hoy no se permite pasar de los preámbulos de los tratados comerciales. ¡Y fuera, en verdad, digna de verse una República dirigida y gobernada por los líricos, cuyo esfuerzo se desdeña . . ! Para presuponer su resultado, sólo sabemos que entre las cigarras se desconoce la ley que preside al afanoso laborar de las hormigas.

¡Indultad á los líricos ! Y dejadlos que canten, que canten con toda libertad y lo mejor que sepan . . . Esta será una medida, no sólo justa, pero también de buen gobierno . . . Porque al ver las excesivas demandas de los gorriones . . . ¡tendremos todos que ponernos de parte de los ruiseñores!

ANTONIO PALOMERO.





DEL DOLOR

Para J., amigo cordial.

Iras y trágicos desalientos
 Fruncen mi ceño cual cicatriz;
 Y como á un árbol me azotan vientos
 Desesperantes.... ¡Vanos intentos!....
 ¡Si estoy sujeto por la raíz!....

La herrumbre el grito del gozne acrece;
 Mi herida oculto, y ¡ay! mi dolor
 Como enterrada semilla crece;
 Y el pensamiento febril, parece
 Que adentro punza como un tumor.

Tenaz el ansia de loco empeño
 De una victoria viril, y está
 El alma humana prendida á un sueño,
 Como una astilla de toско leño
 De algún arácnido en el torzal.

Todos guardamos vastos anhelos
 Como retumbos el caracol;
 La nube quiere tocar los cielos;
 El condor baja si ve señuelos
 Y las alondras se van al sol.

Fuerza es la pena que cruel abruma
 Pero abrillanta como el buril;
 Sobre ciclones irá la pluma,
 Y el agua negra, se torna espuma
 Cuando revienta contra el cantil.

El ponto es bello si amenazante
 Con viento y olas frunce un olán,
 Y oscila el barco tambaleante
 Como la cuna de algún gigante
 O como el sueco de algún titán.

Duerme la gema en el subterráneo,
Y el pensamiento dará fulgor
Como los rayos, cuyo instantáneo
Áurico chorro, bajo del cráneo
Del cielo escurre de un nubarrón.

El lloro es triunfo que fuerza entraña;
Rodela y casco las penas son;
La estalactita de forma extraña
Tal es el lloro de la montaña:
Pristina cera de un gran blandón.

Cuanto ha de alzarse sobre mentiras
Será besado por el dolor;
El viento helado bajó en espiras
A las hornazas, y de las piras
Ardiente sube como un condor.

Esfuerzo y pena perduran; tales
Irguen sus mitras al Aquilón
Esas Pirámides Colosales;
Aquellos filtros descomunales
Que audaz volcara Napoleón.

El árbol roto llora resinas,
Lloran los cielos en tempestad,
Lloran cantando las golondrinas
Negras y azules, cual flechas finas
De ónix que buscan la inmensidad.

El mundo antójase haber sufrido;
Aquí un barranco y allá un fortín;
¿Son los perfiles del cerro erguido
De un formidable caballo hundido
La berroqueña y revuelta crin?

Cariz de pugnas y faz guerrera!
La palma es maza y el sol broquel;
El brusco cerro tenaz trinchera,
De roto casco quizás visera
La luna, ó cárcavo de corcel.

El cielo cómbase de la intensa
Queja del hombre por la expansión;

Los astros brillan en sombra densa,
Como fragmentos de bomba inmensa
Diseminados en la extensión.

El mal es sombra que al bien abraza
Porque persigue su luz que amó;
Así la carne de roja brasa
Presta calores á la tenaza
Que con su pico la destrozó.

Sople la forja, y en un hechizo,
El hierro negro será un fanal,
Y el fuerte yunque pondrá macizo
Sus anchos cuernos de toro suizo
Y allí el acero se hará puñal.

Mudez y nublos y luego ideas!
Habla de fuegos que adentro están,
Lo renegrado de chimeneas,
Como gigantes y humosas teas
Que apagó el soplo del huracán.

Que sin las jáulas los libres trinos
No endulzarían nuestro amargor
Y sin fangales no habría pinos,
Ni prohibades sin asesinos,
Ni desvergüenzas sin pundonor.

El Bóreas ruge y así despliega
Bravos pendones que adioses dan;
Arado y surcos, calor y brega,
Escarcha y hoces, neblina y siega,
Molar y harina, y hornaza y pan.

Huelga la utopía de cruel destino;
Sobre leyendas, la voluntad
—Alondra en zarzas— dará su trino;
Como una muesca grabó el camino
De la montaña en la sumidad.

Doliente, creo mirando el cielo
Torvo de nubes, que se partió
La fuerte bóveda y vino al suelo,
Y el mar frenético, en hondo anhelo,
Torres de nitida espuma irguió.

¡Ah, no, Destino, tú das y fijas
Nortes, connubios y dirección;
A perlas, dientes de las sortijas;
Y á las estrellas de lumbres fijas
De las tinieblas el pabellón.

Más alto acaso que los cometas,
—Blancas antorchas que del capuz
Buscan y encuentran divinas metas —
Flotan las almas de los poetas
Hechas de aroma, sonido y luz.

En marcha y mudos. Tenaz gemido
Es el oprobio del crespo mar,
Y fué lo infame de Job, caído,
No haberse ahorcado y haber vivido
En las vilezas del muladar.

Cobarde ó débil quien retroceda;
Sobre abyecciones sin fe, triunfad,
Que al golpe canta la nota y rueda!
De una mortaja surgió la seda
Y del grillete la libertad.

Salva los antros la fresca brisa
Y es todo limo fecundidad;
La linfa presa que fecundiza,
Soporta impávida, risa y risa,
El agrio túmulo del volcán.

Buenos, altivos y sin ninguna
Mancha en la nieve del corazón,
Así encumbraos; como la luna
Que de las torres desembetuna
La flor de bronce del esquilón.

Es de protervos besar mordazas
Y ser coturno del opresor.
Rayo, que signos de lumbre trazas,
Cómo indignado no despedazas
Bocas más viles que un zancarrón!

Siempre contrastes! El musgo inunda
El mármol délfico, y del león

Cuelga la uña que fué iracunda,
En la pulsera de una infecunda
Ó sobre el pecho de un desertor!

La hiel blasona de sus dulzuras
Y arrastra sable quien es procaz;
Siberia es blanca, por sus negruras
Lucen las fauces del tigre alburas
Y sangre el pico de la torcaz!

La fe en los triunfos excluye el miedo,
Que triunfo y penas, hermanos son
Para mi alma sin luz es credo;
Del ponto amargo, como un torpedo
Cruza los lloros el tiburón.

Ojos y labios y dulces brazos
Al que retorna de cruda lid
Le aguardan fieles . . . ¡Divinos lazos!
Ó mis ensueños hago pedazos
Ó amada, un lauro tendrás por mí.

Amada, oh dulce paloma mía!
En las hornallas de mi dolor
Sé brisa leve de ignota umbría
Que llega y bésame dulce y pía,
Y á un tiempo aviva mi resplandor!

Que no perduran jamás los brillos,
Y aun moribundos, nuestra quietud
Turban calumnias poniendo grillos;
Y el pie de cabra de los martillos
Clava y reclava nuestro ataúd!

Junto al abismo se alzó la cumbre
Y los gusanos alas tendrán;
¡Cuán bello y fúlgido tras la cumbre
El sol que finge bola de lumbre
Que se ha estrellado contra el volcán!

Suspiran presos, rugiendo á veces,
—Es vida y muerte su esclavitud —
Balanceándose los cipreses
Cuyos rumores simulan preces
De afligidísima multitud.

Sus firmes copas el rayo atraen,
Fingen de un barco que hundiera el mar,
Mástiles negros que arriba traen
Cuando resurgen, algas que caen
Y hacen los céfiros suspirar.

Sed como ellos, duros y graves,
Inconmovibles al vendabal;
Sed como ellos, refugio de aves,
Palos mayores de inmensas naves,
Liras enormes del huracán!

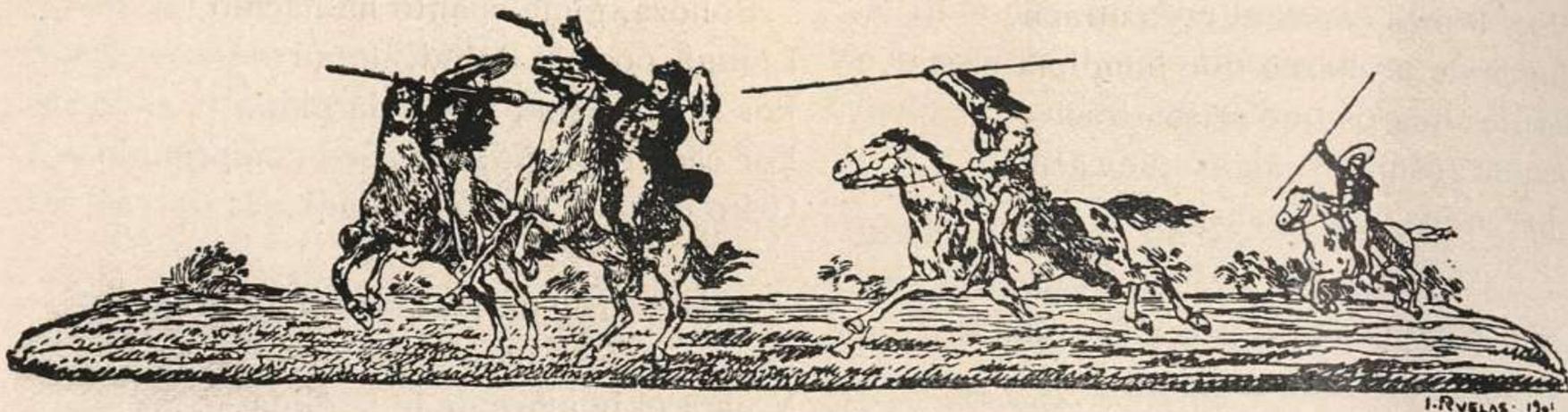
Solloza, gime cuanto ha nacido ...
Llorad, poetas, llorad, llorad
Por cada tumba, por cada nido,
Por cada ensueño!.... Sed comprimido
Grito de toda la humanidad!....

Reja ó grillete, mas siempre herida!....
Puerta de fosa para el condor
Y para el hombre de fe perdida....
¡Dolor, tú eres la misma vida!
¡Oh vida! tú eres un gran dolor!....

Julio de 1907.

ABEL C. SALAZAR.





BOSQUEJO BIOGRÁFICO

DEL

SR. LIC. D. JOAQUÍN D. CASASÚS

(CONCLUSIÓN)

El Sr. Casasús es miembro de la Academia Española, de la Sociedad de Ciencias Políticas de Bruselas y de la Sociedad de Ciencias Políticas y Sociedades de Filadelfia. Es Presidente del Liceo Altamirano, la más elevada academia literaria de México, que lleva el nombre de nuestro gran patriota, estadista y poeta, Ignacio M. Altamirano. Esta sociedad ó instituto literario fué reorganizado por el Sr. Casasús, y este señor consagra mucho tiempo y trabajo á lograr que sus reuniones y banquetes literarios periódicos resulten de lo más valiosos é interesantes.

Es también un hombre práctico en sus negocios. Tiene mucha propiedad raíz en México: sus bienes inmuebles son de considerable importancia.

El nuevo embajador contribuye con generosidad, siempre que se recurre á él para objetos nobles. Es discretamente generoso. Brinda gratuitamente sus consejos y

servicios profesionales á instituciones caritativas, y contribuye activamente para la fundación de escuelas. Es un decidido protector de los literatos noveles que prometen. Ha extendido su mano protectora á muchos estudiantes luchadores, artistas jóvenes y literatos, dándoles empleos en los bancos que él regentea, y muchas veces, sin ostentación alguna, ha aliviado la miseria entre los humildes y los desgraciados, impartiendoles delicadamente oportuna ayuda.

El Sr. Casasús fué Delegado á la Segunda Conferencia Internacional Pan-Americana, celebrada en la ciudad de México en 1901-2, y fué nombrado Secretario General de ella. Tal como él lo desempeñó, ese puesto no tuvo menos importancia que el de Presidente de la Conferencia, pues los que están al tanto de las deliberaciones de ese Congreso, saben que más de una vez, en los momentos de mayor tensión y con-

flicto de opiniones é intereses, se evitó la disolución, gracias á la sabiduría, al tacto y á las conciliadoras observaciones de Casasús, rubustecidas y mantenidas por la acción del ilustrado Presidente del Congreso, Lic. Jenaro Raigosa.

En esta ocasión, según lo acostumbra siempre, Casasús se portó como correcto caballero que es, pues por duros y molestos que á las veces fueran sus deberes oficiales en ese Congreso Universal experimental de las Naciones de América, él se mostró de lo más afable, generoso y considerado para con todos, haciendo cuanto pudo por mantener la armonia y desarrollar la amistad.

Por otra parte, el Sr. Casasús desempeñó los arduos é importantes servicios de Secretario General de la Conferencia, no sólo sin ninguna compensación pecuniaria —así sirvieron todos nuestros demás delegados,— sino que, al aceptarlos, no vaciló en sacrificar sus intereses personales y profesionales —justamente como lo hace siempre en beneficio de miras más amplias y aun sentimentales,— pues Casasús, como ese caso lo demuestra claramente, es un patriota y un hombre del más elevado espíritu público. Abundantemente lo prueba también la facilidad con que sacrifica sus propios intereses pecuniarios, siempre que se le presenta la oportunidad de fomentar, mediante ese sacrificio, el bienestar de nuestro país. El haber aceptado la dirección de la Escuela de Comercio con sus penosos deberes, es otro ejemplo de ese sacrificio personal; pero ningún ejemplo más patente que su aceptación del puesto de Embajador, que exige relegue á un lugar secundario sus bien cimentados y productivos negocios como abogado en la ciudad de México; que montan, muchas veces, al sueldo que recibirá como Embajador.

Repetidas veces, durante la Conferen-

cia, brindó á los Delegados una elegante y pródiga hospitalidad en su deliciosa casa, distribuyendo con diplomacia á los principales Delegados en grupos armónicos y convenientes, en su mesa, para provocar el trato, crear la mutua inteligencia y establecer el acuerdo, tan necesario para alcanzar los mejores resultados de este ensayo de unión legislativa de las Naciones Americanas.

En Casasús recayó el deber de pronunciar el elogio fúnebre en los funerales del Sr. José Hyginio Duarte Pereira, Delegado brasileiro, que murió durante la Conferencia. Esta pieza oratoria, docta y hermosa, fué calurosamente aplaudida y alabada por todos los que la oyeron.

Aunque como abogado tiene quizá el Sr. Casasús la más extensa é importante clientela de México, y la mayor también entre los americanos, ha llegado á ser eminente, no sólo en esa profesión y en el campo de la Economía Política como maestro, escritor y legislador, según se ha demostrado, sino que ha consagrado igualmente largos y pacientes estudios á la ciencia bancaria. Tiene intereses bancarios grandes y muy importantes. Es accionista de muchos bancos de México, y, de un modo directo ó indirecto, está interesado en la mayor parte de ellos. Con tales armas, ha sido muy fecundo, como legislador, en iniciativas prácticas para beneficio de los intereses mercantiles y financieros de México. Él fué el agente principal de la fundación del Banco Central, del que es actualmente Vicepresidente, banco que ha llevado á cabo una obra de inestimable valor, armonizando y unificando los métodos de los bancos de los Estados mexicanos. La realización de este fin ha producido importantísimas ventajas á la gente de negocios, porque la afiliación real ó nominal, formal ó tácita, de los bancos de los Estados con la fuerte institución central de la capital,

se considera entre nuestros hombres de negocios como señal de una administración sana y conservadora, y se acepta como garantía de solvencia y estabilidad. Este sistema trae consigo el mismo efecto que el sistema bancario de los Estados Unidos, que consiste en que los billetes de los bancos de los Estados circulen libremente en toda la República.

Por la magistral exposición de los principios fundamentales de los negocios bancarios, y por los firmes y luminosos argumentos del Sr. Casasús en los debates de la Conferencia —pues tomó frecuentemente parte activa en ellos,— fué por lo que el inoportuno proyecto de un banco Panamericano —proyecto un tanto visionario y prematuro, calificado de espejismo por Casasús en el discurso en que lo rebatía,— dejó de obtener la aprobación de la Conferencia.

La vida de Casasús en el interior de su casa es ideal. Su esposa es la Sra. Doña Catalina Altamirano de Casasús, hija del eminente estadista, poeta y literato, Ignacio M. Altamirano, cuya memoria honran y cariñosamente respetan todos los que lo conocieron. Murió hace cerca de doce años en San Remo, Italia, siendo en esa época cónsul general de México en Francia. Fué uno de nuestros grandes liberales, un hombre de admirable carácter y pristina virtud, y un sólido apoyo del más noble de los patriotas mexicanos: Juárez.

El Sr. Altamirano fué, indudablemente, el más grande de nuestros poetas. Se le daba el nombre de «El Maestro,» *«poeta poetarum.»*

Fué uno de los elaboradores de la actual Constitución de México, que vino á derrocar la tiránica dominación del clero, y que es la base del sorprendente desarrollo de México, que con tanta rapidez crece.

Fué partidario del gran Juárez, con quien cooperó, y tuvo la confianza y espe-

cial respeto del General Díaz. Escribió varios tomos de poesías, y puso prólogo á la traducción de Longfellow por Casasús, en el que demuestra su íntimo conocimiento de la literatura Americana.

Muy querida es la Sra. Casasús por sus espléndidas dotes. Es una estrella social llena de atractivos, que brilla con una dulzura y una sinceridad poco común. Da todos los jueves recepciones, á las que asiste la crema de la capital, tanto nacionales como extranjeros. Es muy caritativa, muy religiosa y amiga íntima de la Sra. Díaz, esposa del Presidente. La Sra. Casasús y su excepcionalmente hábil esposo, cosecharán en los círculos políticos, diplomáticos y sociales de Washington, mayor crédito y buena voluntad para México: eso es indudable.

A Casasús no puede reprochársele la infamia del suicidio de la raza, contra el que tanto clama el Presidente Roosevelt, pues tiene siete hijos. Por este capítulo, cuando menos, deberá ser «persona grata» en Washington; pero hay tantas cosas que recomendarán á Casasús en el ánimo del Presidente Roosevelt y de sus activos é inteligentes consejeros, que habrá de ser allí, por excelencia, «persona gratisima.»

De muchacho, gozó Casasús de los inestimables beneficios del sol tropical, corriendo descalzo por las arenas de Yucatán; y vestido de sencilla y ligerísima ropa, se bañó en los benéficos rayos del sol, y aspiró amplia y libremente aire puro y embalsamado bajo el limpio cielo azul de nuestro querido Yucatán, desarrollando así esa robusta constitución y ese extraordinario aguante característico del yucateco. Allí empezó también el desarrollo intelectual igualmente sano, fuerte y admirable que posee, pues en su temprana juventud fué cuando adquirió el gusto por la literatura Latina, y pronto se convirtió en un entusiasta estudiante de los clásicos lati-

nos. Su devoción por ellos no ha cesado nunca, ni ha tenido siquiera interrupción, pues durante toda su vida pública y profesional, por activos y absorbentes que hayan sido sus deberes, se ha dado siempre tiempo para cultivar las bellas letras. En todas circunstancias y en todas partes ha consagrado atención especial y cariñosa á los clásicos latinos. Dedicó los domingos á este selecto trabajo. Esos días los pasa por entero en su casa, reservándolos exclusivamente para estas tareas literarias. Trabaja en ellas los domingos tan intensamente como en sus labores profesionales los otros días de la semana. Ni al mejor negocio le concedería atención alguna en día domingo.

Parece extraño, que un hombre tan ocupado como Casasús, pueda tener tiempo para asuntos tan diversos é importantes; pero la explicación nos la proporciona la reciente observación de un periodista inglés, quien después de visitar Washington, y descubrir que el Presidente Roosevelt, á pesar de los múltiples deberes de su puesto, podía distribuir sus días de modo de mantenerse en contacto con la moderna y la antigua literatura, hizo notar que, como lo indica Spencer, el hombre ocupado es precisamente el que logra darse lugar para todos los fines deseables.

El Sr. Casasús es, pues, más que un simple abogado, más que un simple economista, más que un maestro, diplomático y legislador, más que un autor de libros sobre economía. Hay una manifestación más elevada, más sutil, más refinada de la vida intelectual de Casasús, que cualquiera de esas. Es un literato, un latinista que emplea su más preciado tiempo y su ávida inteligencia en el estudio profundo y la apreciación crítica de los autores latinos. Tiene el gusto refinado y los nobles sentimientos del poeta y del filósofo. Hay, por lo tanto, un Casasús más grande y más en-

cumbrado que el hombre que vemos en la asamblea legislativa ó en el foro. Es Casasús el estudiante, el sabio; Casasús el creador de joyas literarias, y el correcto traductor á su meliflua lengua española, de los tesoros literarios de otras lenguas. Es preeminentemente «homo multarum literarum; inter Graecos Graecissimus, inter Latinos Latinissimus.»

En su juventud —cuando tenía cerca de veinte años de edad— tradujo la «Evangélica» de Longfellow, y esa versión, la reputan como clásica los críticos españoles. Tradujo más tarde las Odas de Horacio y las Bucólicas de Virgilio, escribió una crítica sobre Cayo Valerio Catulo (*Catullus*), así como una biografía de este autor.* Más tarde aún, produjo una notable colección de hermosos sonetos, imitando á los clásicos latinos, que se halla publicada en un volumen intitulado: «La Musa Antigua;» un extraordinario estudio de Julio César; y recientemente, un volumen de las elegías de *Tibullus*, *Lygdamis* y *Sulpitia*, que á la fecha se está distribuyendo entre sus amigos.

En este bosquejo, hay tan sólo espacio para presentar uno de los sonetos que acaban de mencionarse. Hemos escogido uno, y traducidolo en prosa inglesa para dar siquiera las ideas del hermoso verso español; el exquisito aroma, y el encanto de él, sólo podrían apreciarse conociendo el español.

EL CIRCO ROMANO

El circo está como jamás henchido;
La plebe aguarda de entusiasmo llena,
Y del circo los ámbitos atruena
De las fieras cercanas el rugido.

Y un cristiano aparece; un alarido
El pueblo lanza; hirsuta la melena,
Glaucos los ojos, á la ardiente arena
Salta un león del Africa. Un gemido

* Ha traducido también el Sr. Lic. Casasús, «La Abeja» de Sully Prudhomme, y á otros reputados autores, tales como Heredia.

Escúchase tan sólo, y al instante
Del golpe rudo al formidable empuje,
Rodar vése al cristiano agonizante.

La roja sangre el entusiasmo excita,
Se alza el león, sobre su presa ruge,
Y el pueblo aplaude y delirante grita.

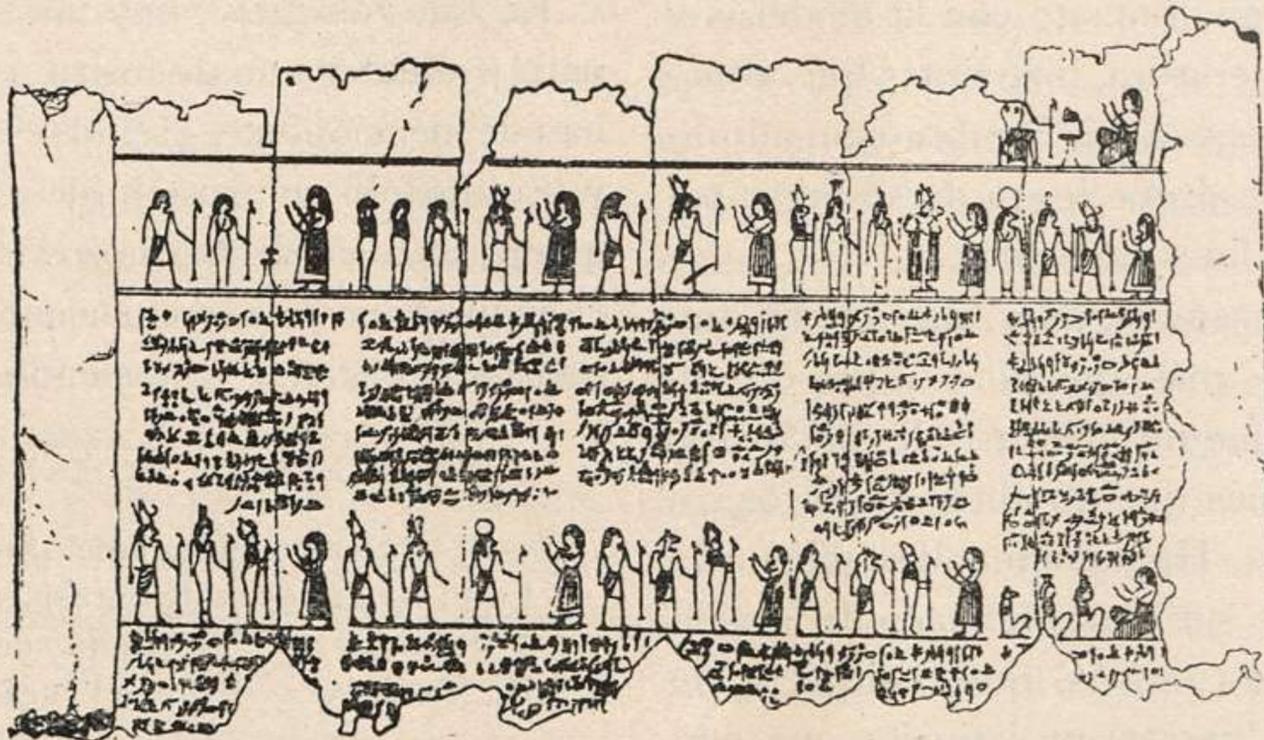
Estas obras, puramente literarias, se imprimen siempre para distribución particular solamente, y es distinción muy codiciada, la de recibir un ejemplar numerado, con el autógrafo del autor.

En el estudio de los clásicos latinos, ha descubierto una aplicación de ideas á la existencia potente y hermosa; ha encontrado el secreto de la verdadera fórmula de la vida, tal como fué desarrollada por el mejor pensamiento de una de las épocas más gloriosas de la historia humana, una época, á la que sólo con optimismo exagerado podría esperarse que la humanidad

tuviera la fuerza de sobrepujar. Este estudio ha desarrollado en Casasús una cultura, un refinamiento, una elegancia y una fuerza sutil que impregnan é iluminan sus trabajos científicos y prácticos, y magnifican al hombre.

Sucede, pues, que este estudio de los clásicos —esos monumentos literarios que son nuestra principal herencia de «la gloria que fué Roma,»— ha llevado á toda la labor y actividad de Casasús, la influencia benigna de los poetas y filósofos del pasado, ha revivido la esencia y el espíritu de la vida, el pensamiento y la aspiración de Roma, para modelar y exornar la carrera de este hombre inteligente, y para guiar, por medio de él, en cierta proporción, la República de Juárez, hacia un destino más grande y más noble.

(Este bosquejo biográfico fué escrito en idioma inglés, el año de 1905, por Fernando Solís Cámara, siendo traducido al castellano, por Álvaro Gamboa Ricalde).





Este soneto celebra en unos divinos ojos
los augurios del cielo y del mar....

Para la "Revista Moderna."

En tu mirada misteriosa, hay una
gran promesa de amor; mi sér abarca
y me transporta á la ideal comarca
donde me está esperando la Fortuna.

Noche y mar son tus ojos; no la bruna
noche sin luz: la transparente y zarca
de oro y cristal, en la que va la barca
de alabastro radiante de la luna,

Ojos de noche y mar.... ¿Llegará el día?....
Quién sabe. En la remota lejanía
hay una dulce claridad.... Parece
que se abre tu alma al soplo del destino
como flor matinal.

En el divino
misterio de tus ojos, amanece.

LUIS G. URBINA.

México, Septiembre 7 de 1907.



EL HOMBRE MUERTO

La aldeita donde nos detuvimos con nuestros carros, después de efectuar por largo tiempo una mensura en el despoblado, contaba con un loco singular, cuya demencia consistía en creerse muerto.

Había llegado allí varios meses atrás, sin querer referir su procedencia y pidiendo con encarecimiento desesperado que le consideraran difunto.

Demás está decir que nadie pudo deferir á su deseo; por más que muchos, ante su desesperación, simularan creerle. El loco advertía instantáneamente la falsedad, y aquello no hacía sino multiplicar sus padecimientos.

No dejó de presentarse ante nosotros, tan pronto como hubimos llegado, para implorarnos con una desolada resignación que positivamente daba lástima, la imposible creencia. Así lo hacía con los viajeros que, de tarde en tarde, pasaban por el lugarejo.

Era un tipo extraordinariamente flaco, de barba amarillosa, envuelto en andrajos, un demente cualquiera; pero el agrimensor resultó afecto al alienismo, y no desperdió la ocasión de interrogar al curioso personaje. Este se dió cuenta, acto continuo,

de lo que mi amigo se proponía, y abrevió preámbulos con una nitidez de expresión por todos conceptos discordante con su catadura.

—Pero yo no soy loco —dijo con una notable calma, que mal velaba, no obstante, su doloroso pesimismo.—Yo no soy loco, y estoy muerto, efectivamente, hace treinta años. Claro. ¿Para qué me morí?

Mi amigo me guiñó disimuladamente. Aquello prometía.

—Soy nativo de tal punto, me llamo Fulano de Tal, tengo familia allá . . .

(Por mi parte, callo estas referencias, pues no quiero molestar á personas vivientes y próximas).

—Padecía de desmayos, *tan semejantes á la muerte*, que después de alarmar hasta el espanto, concluyeron por infundir á todos la convicción de que yo no moriría de eso. Unos doctores lo certificaron con toda su ciencia. Parece que tenía la solitaria.

Cierta vez, sin embargo, en uno de esos desmayos, me quedé. Y aquí empieza la historia de mi tormento; de mi locura . . .

La incredulidad unánime de todos, respecto á mi muerte, no me dejaba morir.

Ante la naturaleza, yo estaba y estoy muerto. Mas para que esto sea *humana-mente* efectivo, necesito una voluntad que difiera. Una sola.

Volví de mi desmayo por hábito material de volver; pero *yo*, como ser pensante, *yo*, como entidad, no existo. Y no hay lengua humana que alcance á describir esta tortura. La sed de la nada es una cosa horrible.

Decía aquello sencillamente, con un acento tal de verdad, que daba miedo.

—¡La sed de la nada! Y lo peor es que no puedo dormir. ¡Treinta años despierto! ¡Treinta años en eterna presencia ante las cosas y ante mi no ser!

En la aldea habían concluido por saber aquello de memoria. Pasaron á ser vulgares sus reiteradas tentativas para obligarlos á creer en su muerte. Tenía la costumbre de dormir entre cuatro velas. Pasaba largas horas inmóvil en medio del campo, con la cara cubierta de tierra.

Tales narraciones nos interesaron en extremo; mas cuando nos disponíamos á metodizar nuestra observación, sobrevino un desenlace inesperado.

Dos peones que debían alcanzarnos en aquel punto, arribaron la noche del tercer día con varias mulas rezagadas.

No los sentimos llegar, dormidos como estábamos, cuando de pronto nos despertaron sus gritos.

He aquí lo que había sucedido:

El loco dormía en la cocina de nuestro albergue, ó aparentaba dormir entre sus velas habituales —la única limosna que nos había aceptado.

No mediaban dos metros entre la puerta donde se detuvieron cohibidos por aquel espectáculo, y el simulador. Una manta le cubría hasta el pecho. Sus pies aparecían por el otro extremo.

—¡Un muerto!—balbucearon casi en un tiempo. Habían *creído* en la realidad.

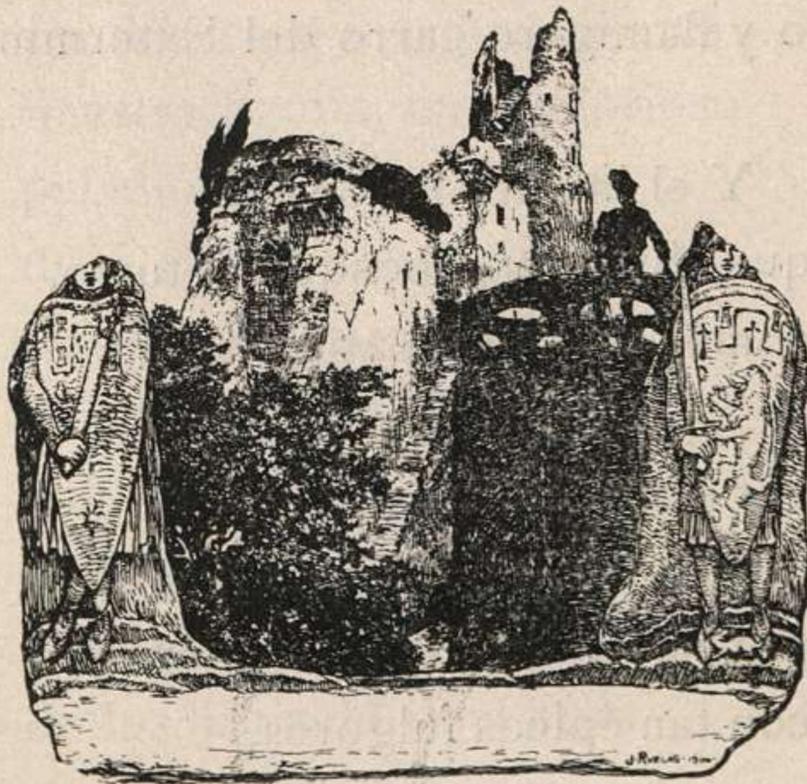
Oyeron algo parecido al soplo-mate de un odre que se desinfla. La manta se aplastó como si nada hubiera debajo, al paso que las partes visibles —cabeza y pies —trocáronse bruscamente en esqueleto.

El grito que lanzaron, púsonos en dos saltos ante el jergón.

Tiramos de la manta con un erizamiento mortal.

Allá, entre los harapos, reposaban sin el más mínimo rastro de humedad, sin la más mínima partícula de carne, huesos viejísimos á los cuales adhería un pellejo reseco.

LEOPOLDO LUGONES.





HOMENAJE A LOS HÉROES NIÑOS DE CHAPULTEPEC.

El corazón del bosque está lleno de un fiero dolor. . . . Y bien quisiera romper en un sincero sollozo formidable ó en un grito guerrero.

El bosque está sufriendo un recuerdo nefasto:
¡una muerte de alburas, un sacrificio casto
de existencias de niños, en un desastre vasto!

Que fué cuando bramando horrendo vaticinio,
paseó la Guerra su ígneo y brutal predominio
en el negro y flamígero carro del Exterminio.

Y el infantil heroísmo
que alumbra el bosque vetusto,
como un sol de patriotistimo
siempre supremo y augusto,
por ser de vidas eternas,
por ser de muertes de honores,
por nacer de almas tan tiernas
con tan épicos fulgores,

prodiga un poder tan claro
que alcanza, como una aurora,
á dar un azul preclaro
á la epopeya sonora
que los héroes niños buenos
ilustraron con su hazaña,
digna de cantarse á truenos
en una blanca montaña.

El viento, al penetrarse del gran dolor que flota
en el bosque después de la cruenta derrota,
su melena de ráfagas fieramente alborota.

Gime en las hojas. Lloro en las ramas. Espera
que los ecos despierten. Y de pronto, á manera
de un gran poeta heroico, fuerte lira guerrera

sueno en torno.... y parece que en él van querubines
de punta en blanco armados, cantando en los confines
alabanzas de fuego con bíblicos clarines!

Y los héroes, niños llenos
de una claridad austera,
pasan grandes y serenos
envueltos en la bandera
de la Patria, en el hermoso
pendón en que irgue vigores
nuestra águila, en el glorioso
pabellón de tres colores
de la Patria; aquel que el día
terrible fué la mortaja
de gloria que su agonía
cubrió como luz que baja
desde el amor de una estrella
á envolver los cuerpos yertos
de los lirios de alma bella
que el huracán deja muertos!

Los graves ahuehuetes; los solemnes ancianos
que con la fresca sombra de sus trémulas manos
cubrieron los cadáveres de los niños ufanos,

no han sentido jamás igual padecimiento
ni igual orgullo! ¡Nunca sus ánimos de aliento
gigantesco, tuvieron tal estremecimiento!

Ni cuando con los ojos de sus cortezas huecas
vieron llegar, á rastras sobre las hojas secas,
la esperanza afligida de los fieros aztecas!

¡Grandes niños! Al estruendo
del cañón en la matanza,
sobre el estrago tremendo,
sobre el Mal y la Venganza,
sobre la magna contienda,
sobre el Dolor y la Muerte,
subieron con su leyenda
inmortal, grandiosa y fuerte,
hasta hacerse ejemplos nobles
de amor á la Patria pura!
¡Subieron con alas dobles
de juventud y bravura,
por un cielo de albas rosas,
á una eternidad de estrellas!
¡Subieron con luminosas
alas! ¡Alas de centellas!

Y la esforzada sangre que del tierno holocausto
cayó en la hora purpúrea del episodio infausto,
es como el resplandor de un crepuscular fausto

en el cielo glorioso de la Patria adorada
¡Sangre de aquellos niños, bravamente regada
ante el triunfo implacable de la invasión! ¡Sagrada

sangre! ¡Sangre fecunda! ¡Sangre noble! En serena
ola de luz, nuestra triste y pálida, llena
con tu sublimidad, épicamente buena!

Y nuestros corazones perennemente baña
con tu virtud eterna, para que á una gran saña,
posible en lo futuro, se renueve tu hazaña!

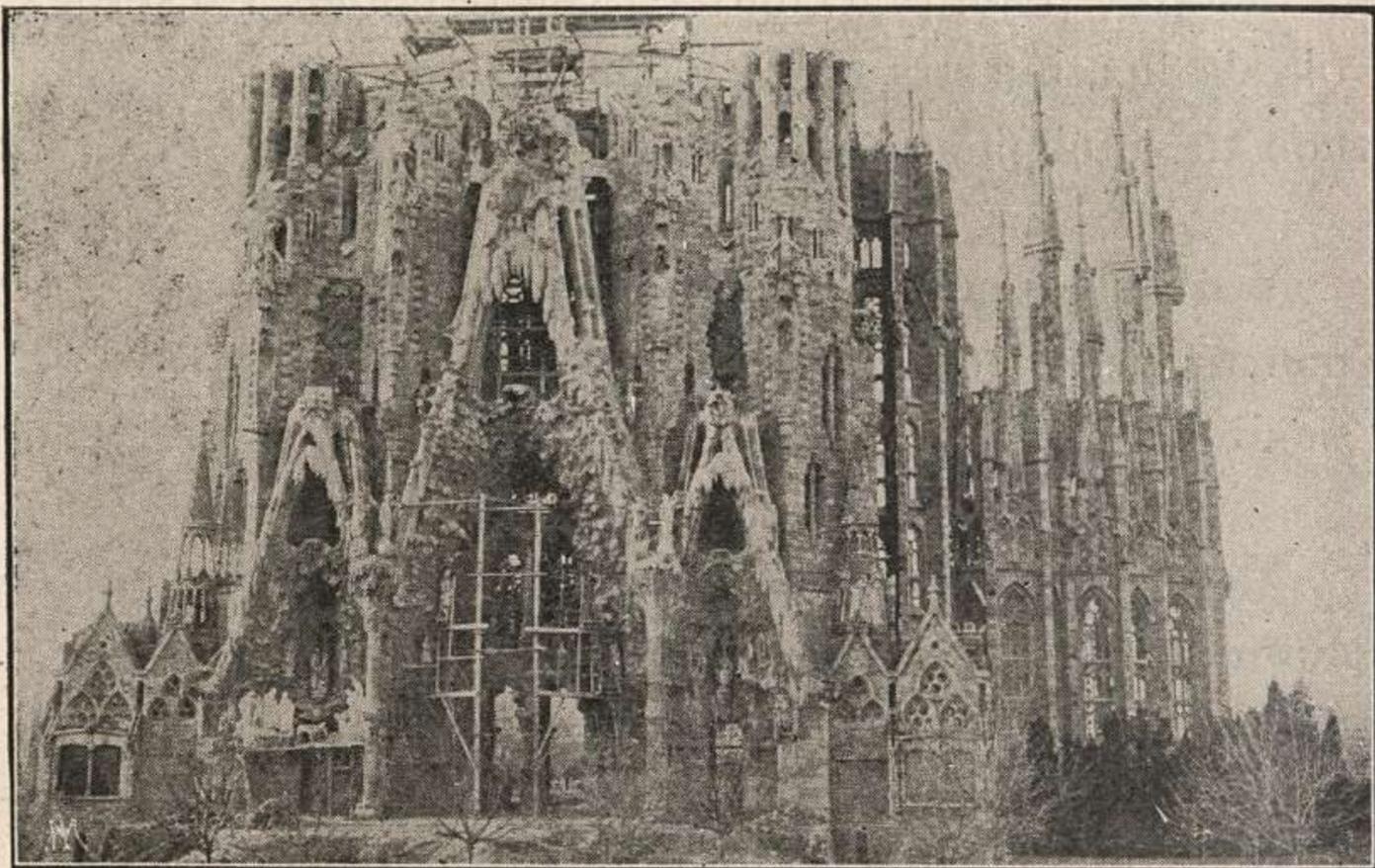
Y nuestros corazones puedan quedar inertes,
como los de los bravos, como los de los fuertes,
en la más luminosa de las brillantes muertes!

En la muerte que asombra, en plena primavera,
sobre el sublime horror de una ardiente trinchera!
bajo el divino amor de una amada bandera!

ROBERTO ARGÜELLES BRINGAS.

1907.





El Templo de la Sagrada Familia.—Barcelona.—Fachada de levante.

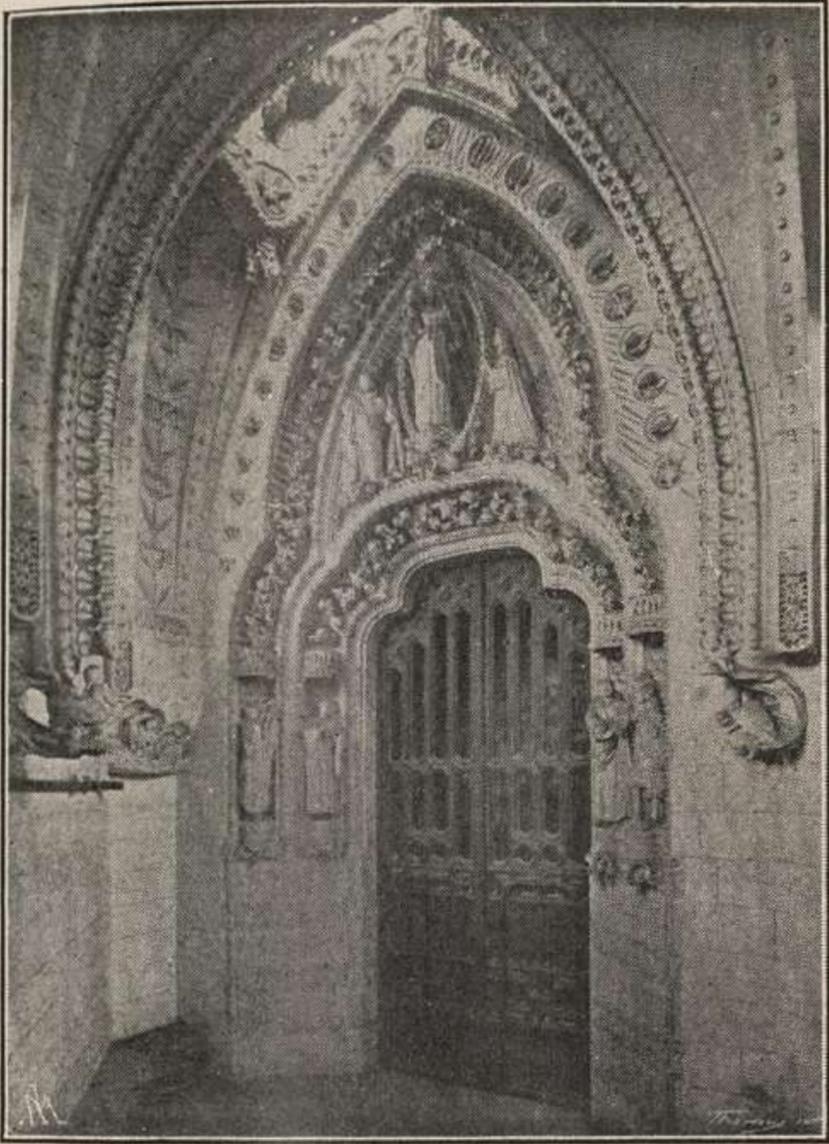
LA OBRA DE LA SAGRADA FAMILIA

(De "Forma")

No podemos hablar de ella, de distinto modo. Todos los que hemos nacido donde ella crece, al verla entre nosotros tan precozmente barroca, y al propio tiempo con tantas energías entusiastas; al verla tan sensible á nuestras íntimas pasiones, la obra de piedra de la Sagrada Familia nos obliga á no poder hablar de sus cosas sin un grandísimo amor; un amor más carnal del que suele ponerse sobre las cosas de piedra. También nosotros, siguiendo las veredas del mundo, ante los edificios de una belleza universal y abstracta, como por ejemplo, en *Poestum*; ó frente á San Marcos, ó cerca de una Catedral gótica, nos hemos preguntado impacientemente, qué era aquello que en Barcelona se construía y qué valor tendría cuando pasaran las edades, el patrimonio artístico de toda la humanidad, esta obra de la Sa-

grada Familia. En vano hemos procurado el representarnos en otros horizontes y paisajes, y frente á otros monumentos, este rayo, casi fluido de piedras cristalizadas, cual inmenso torrente de formas espirituales, aún imprecisas, aún candentes, que la tierra ha dejado de emerger y que van solidificándose lentamente al contacto del aire.

Es preciso venir aquí y participar de nuestro aislamiento y de nuestras jurias para comprenderla. Si alguno de vosotros, «oh extranjeros que esto leeréis, que veréis reproducidos los aspectos de este templo, si alguno de vosotros abandona su casa, su ciudad, y aquí dirige sus pasos, hacia la remota España, hacia esta ciudad donde no llegan las voces de afuera, pero donde tanto estrépito de gritos se produce dentro; si esto hace y entre

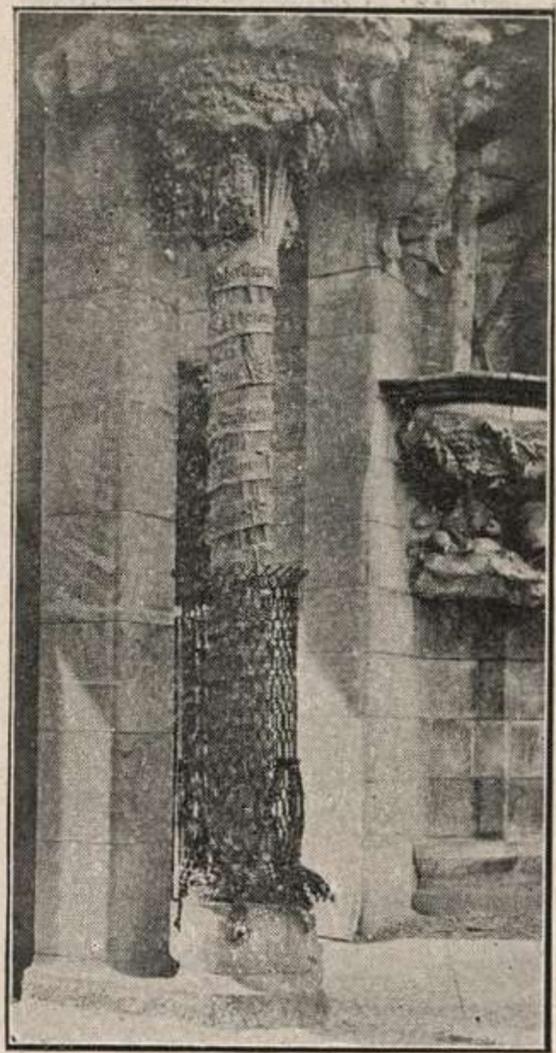


Puerta del Rosario (Templo de la Sagrada Familia).
Claustro.

nosotros mora, comprenderán que se abrió la tierra para librar paso á esta singularísima obra y formó al hombre aún más extraordinario que ha dispuesto y presidido su crecimiento.

Veréis una ciudad acampada en una llanura y que aún recuerda los tiempos en que la hirió el arado; veréis entre unos suburbios de casas bajas, cómo se alza la mole descomunal del templo, creciendo únicamente por un costado, y en ansia de escalar el cielo, sin pensar en verse concluido; prosiguiendo su elevación, su maravillosa elevación, tratando de traspasar las más extremas medidas.

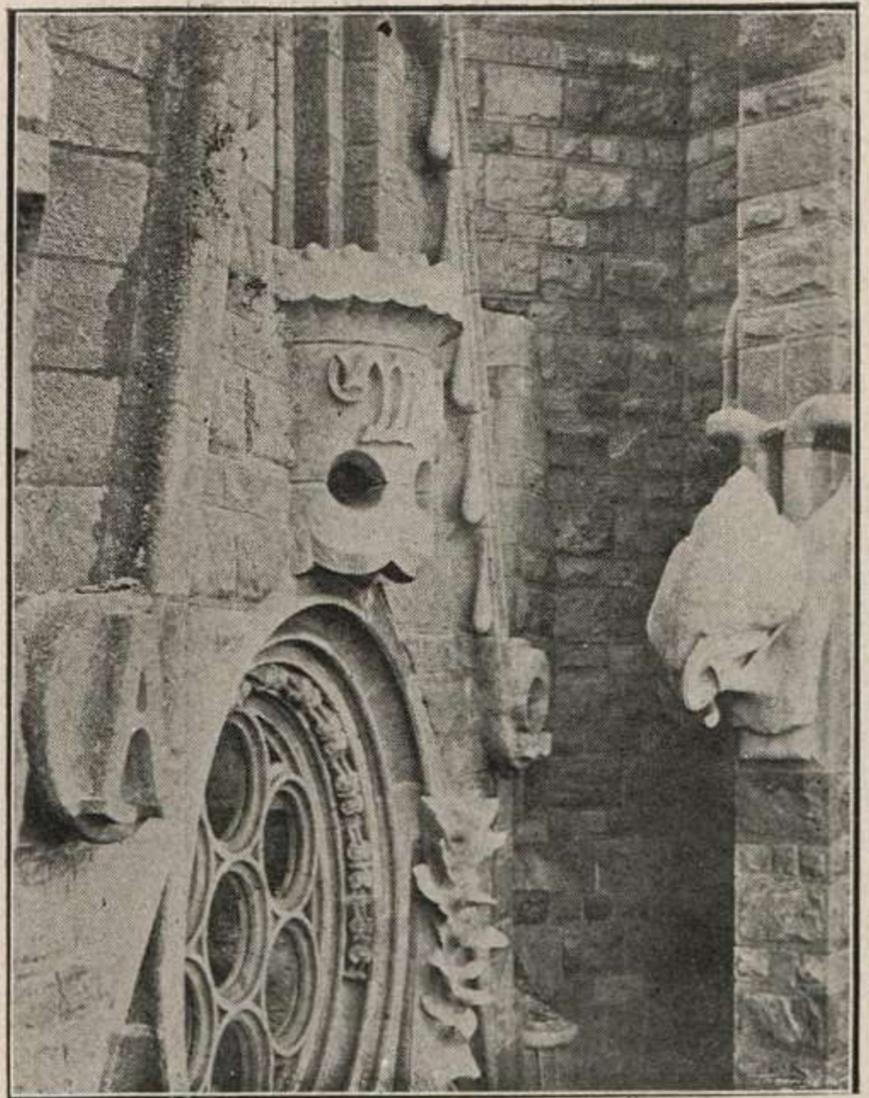
Hace treinta años, comenzó esta obra, pobrementemente, para desagraviar al cielo de la blasfemia, y de aquí su nombre de templo expiatorio. Comenzóla un humilde tendero, y por el vago recuerdo que queda de aquellos tiempos, al parecer tan lejanos, diríase que eran días en que todos



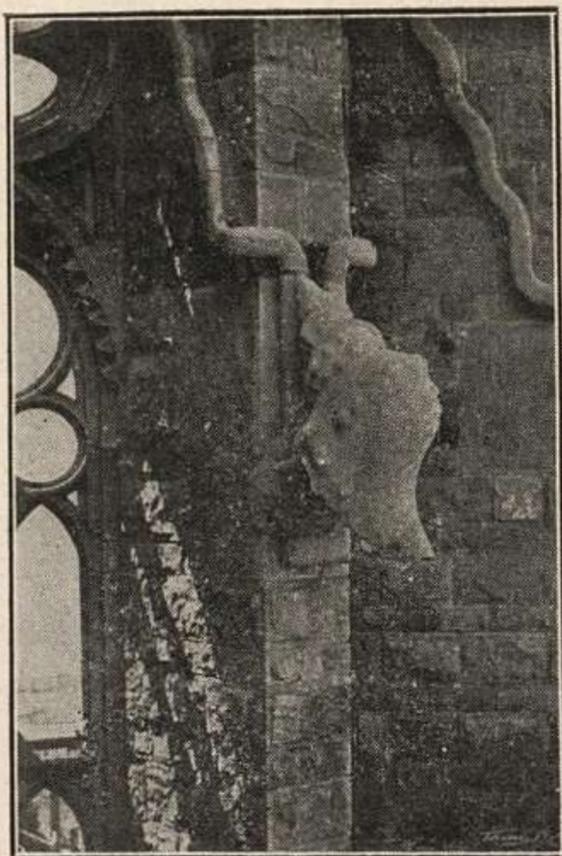
Puerta del Nacimiento (Columna central).

los barceloneses debían ser algún mercader, fuese quien fuere.

Eligióse un solar alejado de la ciudad, para lograrlo á poco costo, pero la orbe



Gotas, caracoles y balconcillo del campanario.



Concha marina del ábside.

creciendo, creciendo más de prisa que el templo, encerróle en su seno. Un arquitecto oficial hizo el proyecto, medido, cu-



Evangelista (Puerta del Rosario).

bicado y presupuestado con arreglo á los más previstos cánones. Pero al cabo de media docena de años, los propios humildes burgueses que habían sido sus iniciadores, comprendieron que se necesitaba otra cosa. Dirigieron un ferviente novenario á San José, para inspirar una coronada al Director, y el excelente Santo hizo comprender al arquitecto oficial, que era un personaje harto grande para dirigir una obra de limosna.

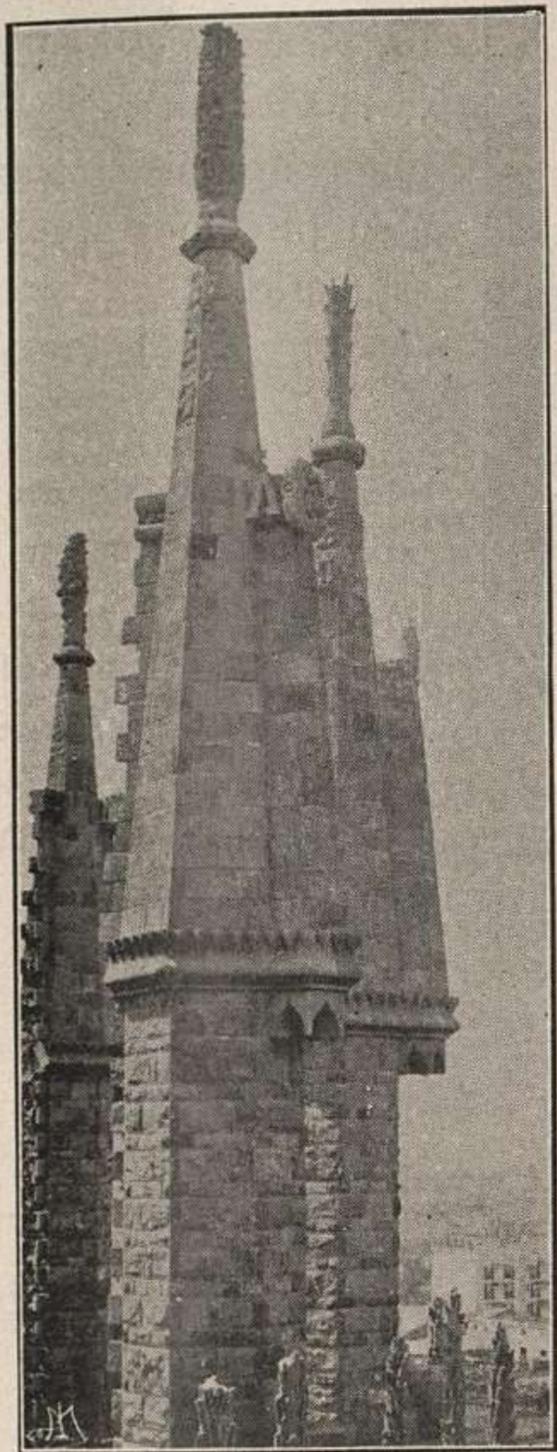
Otra novena . . . y el consejo de un ser más allegado que San José, el del fundador de la escuela arquitectónica catalana, Don Juan Martorell, les reveló la existencia de Don Antonio Gaudi, EL ARQUITECTO DE LA SAGRADA FAMILIA, como suele llamársele por aquí y



La Tentación [Puerta del Rosario].

también en otras tierras; este hombre, joven y de un entusiasmo exuberante, que el tiempo no ha podido agotar, consagró su vida entera á esta obra, y en ella veréis el rastro del camino seguido y las fases diversas de su existencia.

La cripta comenzada por el primer arquitecto, alcanzaba la altura de las ventanas del santuario subterráneo, cuando



Pináculo del ábside

Gaudí completó el programa con grandes innovaciones y cubrió la cripta según el primitivo estilo románico.

Acabada aquella obra preliminar y libre de obligaciones extrañas, se construyó el ábside. Allí debían de converger todos los elementos de la futura iglesia... y el plan general de las cubiertas y de las galerías de circulación del empuje de las bóvedas, estaba ya resuelto en aquella proa de la nave.

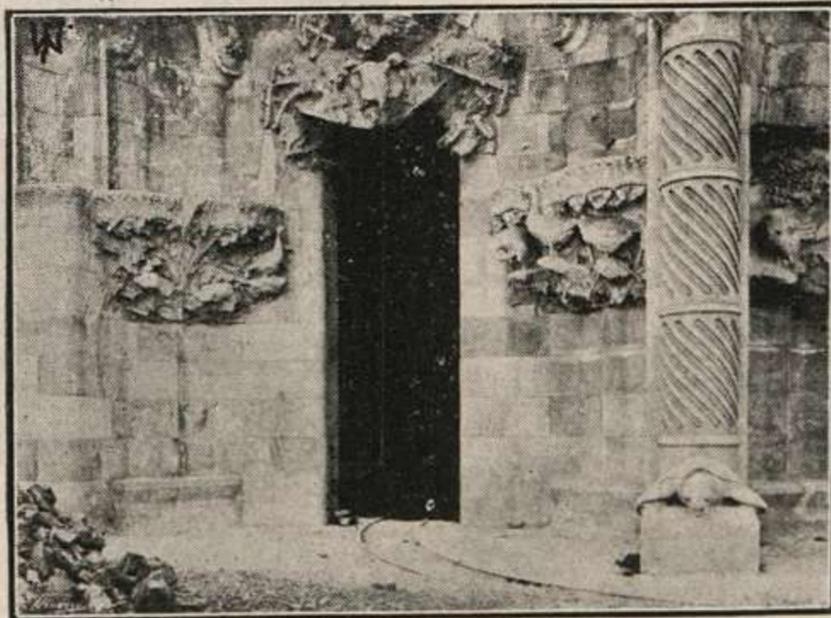
Toda la habilidad de Gaudí, este genio singularmente ingenioso, hábil y atento á las necesidades mecánicas, sutil y agilísimo, le hallaréis expresado en los contrafuertes del ábside. Es en apariencia una obra gótica con detalles nuevos; para quien sepa comprender en un elemento lo que

será mañana la estructura total, le será dado ver en esta parte al propio Gaudí tal como es: franco, agradable y expresivo; será, en una palabra, al dialéctico de nuestra raza.

En el ángulo del crucero, diríase que la obra se agita y enternece (y quizá sea exacto), pasando en este punto un momento de intensísima transformación. Seméjase á una de aquellas horas de nuestro pueblo, en la que todo está elaborándose y nada queda de lo viejo, manteniéndose hasta la llegada de lo nuevo.

Cuando Gaudí, siguiendo el ábside hacia el crucero, llegó á la puerta de Levante, en donde las soluciones del conjunto del organismo ya no le preocupaban, Barcelona y su espíritu imaginábanse encaminadas fatalmente hacia una rápida grandeza. Los campanarios del templo nuevo, treparían por los aires siempre creciendo, mientras una aguja plantada entre ellos, aun les sobrepujaría sin límites, y por la mera seguridad de alcanzar la altura.

Las mismas ideas se sublimaban libremente; Gaudí, con su misticismo latino, tenía para sus creaciones el árbitro de su conciencia iluminada. Para su templo recogía, sin deformarlas, las bestias de los campos y estilizándolas como los hombres en el Norte, hacia su poderosa fantasía, que fueran compatibles los enjambres y



Detalle de la puerta del Nacimiento.

las cosas en grandes vuelos milenarios. Las formas aguardaban un nuevo sol de juventud que viniera á precisarlas.

Si alguno de vosotros, gentes de otros países en donde la vida de tiempos inmemoriales tiene ya su ritual, venís á nuestra tierra y veis ese templo —del cual aún no se comprende la planta pero que ya se alza y se alza muy en lo alto, y todavía desea crecer, nada más que crecer pensad cuántos sufrimientos y cuántas ansias sufrimos aquí, y qué recónditas deli-

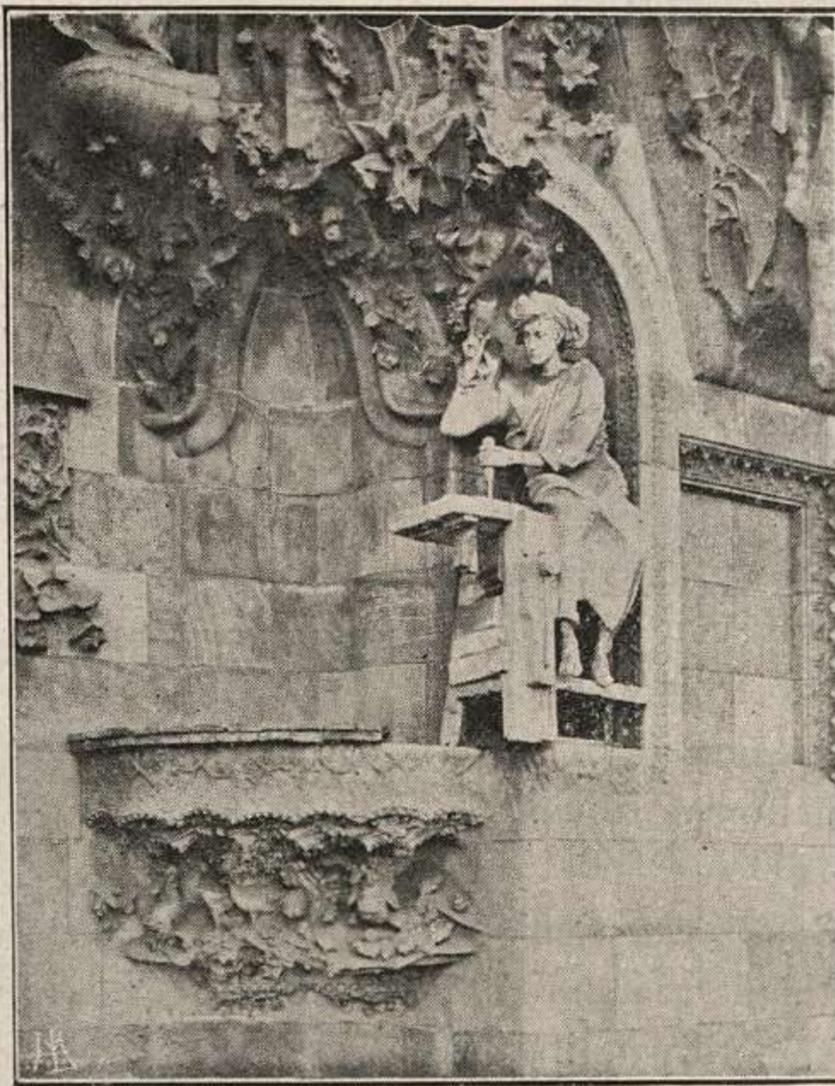


La muerte del Justo.

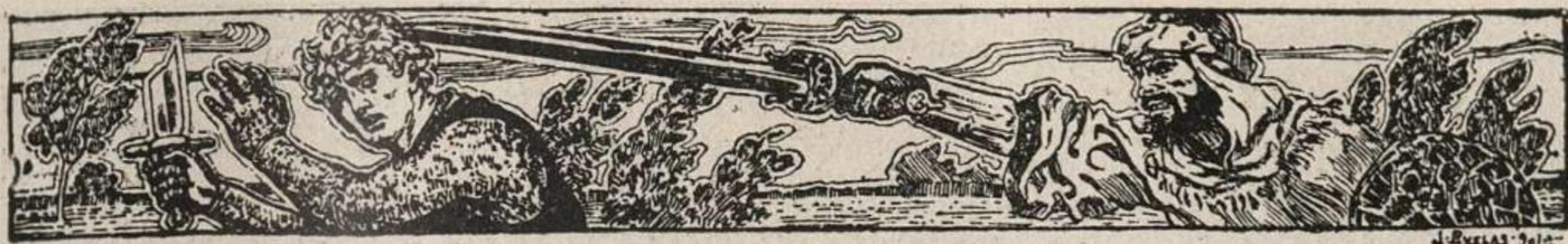
cias que vosotros no sentís, vienen á estremecernos y entonces, es posible que conozcáis el templo y á su pueblo y aprendáis á estimarle.

J. PIJOAN.

El templo de la Sagrada Familia, en construcción, se halla enclavado en el solar comprendido entre las calles de Mallorca, al S.; Cerdeña, al N.; Provenza, al N.; y Sicilia al W. Un tranvía eléctrico, que parte de la Plaza de Urquinaona, conduce hasta la puerta.



Jesús labrando la Cruz. Estatua en estudio.



LA CÁRCEL

(De León Dierx).

Como múltiples crestas de altivas catedrales,
 ¡Oh sueños de mi alma, ascended y trepad!....
 Y yo veo al incienso mecer sus espirales
 bajo de vuestras naves, ¡oh sueños de otra edad!....

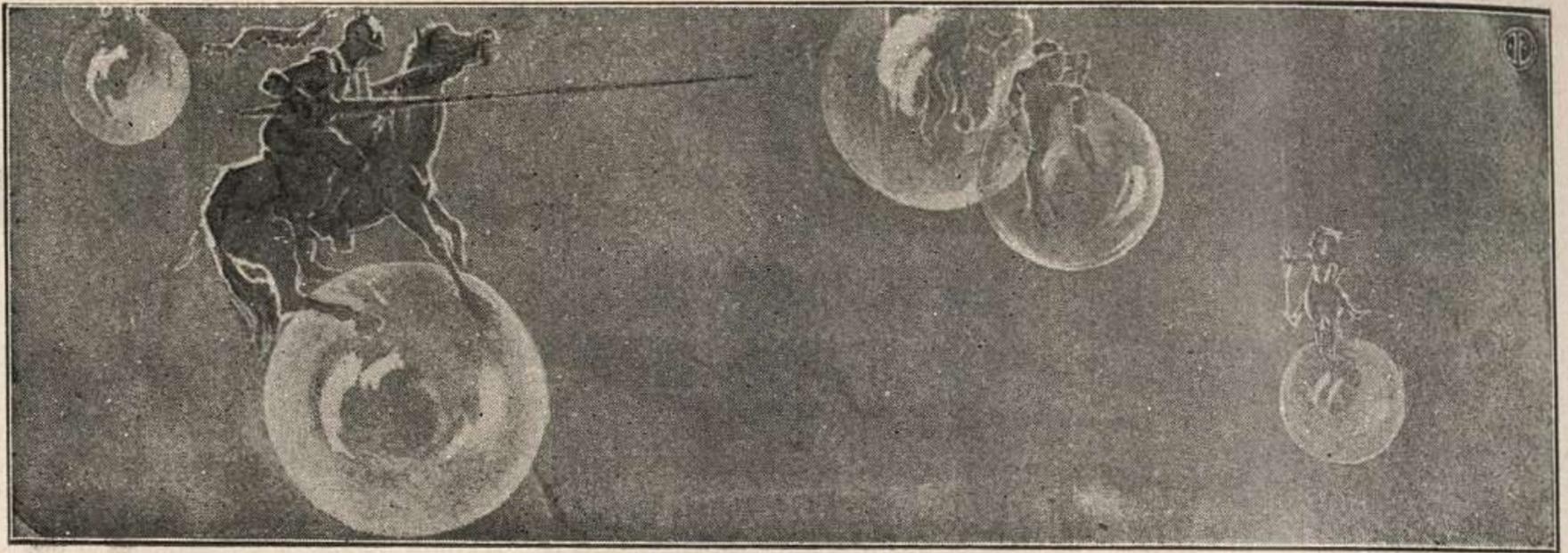
Como orgullo domado por manos magistrales,
 ¡oh dolor, yo te escucho y me inspira piedad
 el murmullo y el eco de tus quejas fatales
 y de tus estertores de sensibilidad!....

¡Sacerdote encerrado que sangraste al insulto!
 ¿no has renegado ya de tu iglesia y tu culto
 y roto el incensario en tu oscura prisión?

¡Tiende el brazo y no cierras tus ojos, y resiste!....
 Derrúmbense los arcos cuya piedra esculpiste,
 aunque su peso te derribe, como á Sansón.

ANDRÉS GONZÁLEZ BLANCO.

Madrid, 1907.



ANIVERSARIO DE LA ANEXIÓN DE CHIAPAS

ALOCUCIÓN DEL SR. LIC. D. JOSÉ ALGARA,

SUBSECRETARIO DE RELACIONES EXTERIORES

La nota saliente en la celebración del aniversario de la incorporación de Chiapas á la Federación Mexicana, organizada por la patriota Colonia de aquel Estado, el día 11 del actual, fué la alocución del Sr. Lic. D. José Algara, reputado internacionalista mexicano, inteligente colaborador del Sr. Lic. D. Ignacio Mariscal en el delicado ramo de Relaciones Exteriores. El Sr. Lic. Algara presidió el banquete conmemorativo de la anexión de Chiapas, en representación del Sr. Mariscal, y á la hora del «toast,» pronunció la interesante alocución que damos en seguida, profundamente sentida por los presentes, y que contiene una inteligente exposición del principio de nacionalidad adoptiva.

Sólo en obsequio de reiteradas instancias nuestras, pudimos obtener íntegro el brindis aludido, del que la prensa diaria no recogió sino algunos fragmentos.

La carta del Sr. Mariscal, á que se acaba de dar lectura, tiene, sin duda, mayor significación que todo cuanto pudiera yo decir en estos momentos.

El Sr. Mariscal es uno de los hombres de quienes se enorgullece el partido liberal, y en sus cincuenta años de servicios al país, ha conquistado un renombre verdaderamente envidiable. Hay más: parte de sus servicios los ha dedicado á la solu-

ción de cuestiones importantes, en las que el Estado de Chiapas se hallaba vivamente interesado, poniendo término á algunas de ellas por el tratado de límites que firmó el año de 1883; y es esta una razón más en abono de la elección que habíais hecho á favor del Sr. Mariscal para presidir esta reunión.

Ello no obstante, debo dirigiros algunas palabras, no tanto por natural cortesía, cuanto por el deseo de manifestar los sentimientos que me animan al conmemorar el fausto acontecimiento que motiva nuestra presencia en este sitio.

Entre las causas de que se deriva la nacionalidad, ninguna tan respetable como la voluntad. Si es cierto que la filiación y la tierra son motivos de nacionalidad, es á falta de voluntad expresa; si ésta no existe, se presume que el vínculo de la sangre ó el de la tierra la substituyen, y por esto se les considera con frecuencia como fuente de nacionalidad.

Ahora bien, en el caso de Chiapas encontramos aquel vínculo privilegiado, porque bien sabido es que en 1824 se realizó uno de los plebiscitos más libres y espontáneos de que tengo noticia, que precedió á la declaración de la Junta Suprema de Gobierno de dicha Provincia, hecha en 12 de Septiembre de 1824, por la cual quedó definitivamente agregado Chiapas á la Federación Mexicana.

Muy puro, muy privilegiado es el origen de tal unión, y ni en un solo momento de su historia ha faltado Chiapas á sus compromisos de aquella época; por el contrario, ha formado siempre un solo cuerpo con las demás entidades que componen la Federación y compartido con ésta sus desgracias á la par que sus triunfos.

En el vasto territorio mexicano que en la antigüedad se extendió desde nuestros límites antiguos con los Estados Unidos hasta Nicaragua, territorio que pasó des-

pués al dominio de España, ha lugar, sin duda, á considerar regiones y comarcas de diversos elementos etnográficos, si bien no tan desemejantes entre sí, que no pudieran formar una sola nacionalidad homogénea y sometida al mismo gobierno. Por esto decía, y con razón, uno de nuestros publicistas al hablar de la Federación de 1857, que pudo y debió establecerse, por utilidad indiscutible y porque no ofrecían elemento ninguno de oposición los diversos componentes de lo que en esa época formaba la nación.

Sin embargo, no son del todo idénticos entre sí, etnográficamente hablando, los Estados de nuestro territorio, y pudo así observarse con exactitud, principalmente en el período transcurrido desde la proclamación de la Independencia hasta su consumación.

Una de las regiones que se hallaban en las relativas condiciones que indico, era, sin duda, la Provincia de Chiapas, que tanto hubiera podido unirse á Guatemala como á México, habiendo optado por lo segundo, en virtud, como ya expresé, de uno de los actos más sinceros que consigna la historia de las nacionalidades colectivas.

Muy justo es, en consecuencia, que se recuerde tal acontecimiento por los chiapanecos, así como por los mexicanos, y muy justo que nos regocijemos unos y otros de formar parte de un mismo todo, y solemnicemos nuestra fraternidad.

Pero hay que convencerse, señores, que en esta clase de ágapes no celebramos tal ó cual acontecimiento político, tal ó cual acontecimiento, benéfico á determinados individuos; hay algo más: lo que da vida á estas reuniones, lo que nos entusiasma en ellas y lo que nos inspira, es la idea de la unidad nacional, unidad que no existía antes y ahora sí, en toda su plenitud.

Cuando hace poco tiempo invitaba el Estado de Yucatán á ciertas fiestas gran-

diosas, vimos en ellas, no solamente la consagración de los adelantos de ese Estado, sino que las consideramos bajo otro aspecto, el de la confirmación y el sello que con ellas ponía á su unión ya indestructible con el resto de la República Mexicana. Esto mismo acontece cuando se trata de regiones que se hallan en condiciones semejantes, si bien no son exactamente comparables las de la antigua Provincia de Chiapas con las de la Península Yucateca.

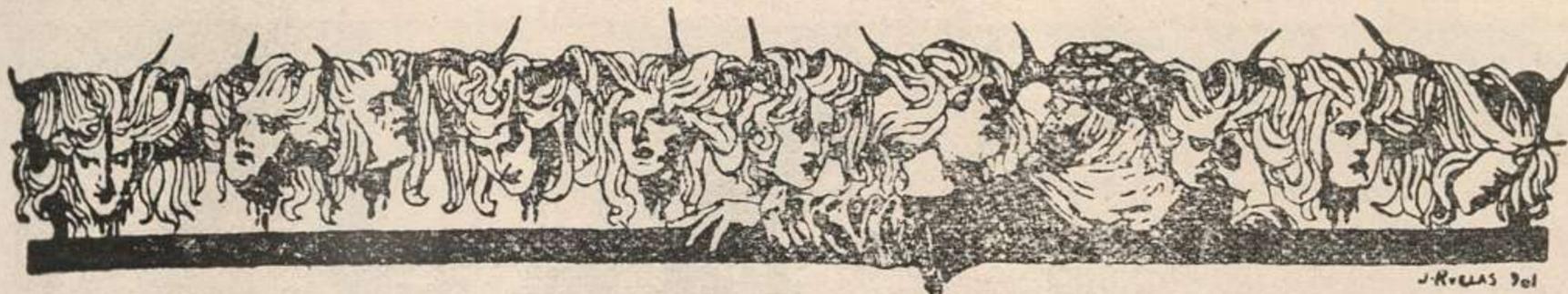
La unidad nacional, la consolidación de la Federación Mexicana, es lo que nos vigoriza al pensar en acontecimientos como el de la agregación de Chiapas. Esa unidad nacional de hoy se manifiesta actualmente de modo indiscutible, porque han venido fundiéndose paulatinamente, sin sombra de recelo, todos los elementos que constituyen nuestra patria, que considero

como un inmenso hemicycle, en que todas las clases, todas las cualidades tienen su lugar. En el centro de ese hemicycle se halla un hombre que empuña una bandera: ese hombre es el General Díaz; esa bandera, la de 1810.

Brindo, Señores, por los Chiapanecos de 1824, por los de hoy, que secundan su obra y la continúan de momento á momento, y muy especialmente por la brillante juventud iniciadora de esta reunión. Brindo también por nuestro Presidente el General Díaz, firme apoyo de nuestra unidad nacional, pero no por él solo, sino por un socio principal que tiene en su magna obra, por el compañero inseparable de sus tareas, que no le abandona ni le abandonará nunca, el noble pueblo mexicano, al que nos gloriamos de pertenecer.

Septiembre 12 de 1907.





LOS OJOS

De Sully Prudhomme.

Negros ó azules, bellos y amados,
 millares de ojos la aurora vió;
 cuando en las tumbas yacen cerrados,
 por el Oriente renace el sol.

Las noches dulces, más que los días,
 han encantado con su lucir;
 y el cielo ostenta sus pedrerías,
 los ojos brillo pierden al fin.

No, no es posible se apague ó muera
 la luz que brota de su fanal;
 tal vez en otra lejana esfera
 en lo invisible se fijarán.

Y cual los bellos astros fulgentes
 que desaparecen para volver,
 ¿los bellos ojos, tendrán ponientes,
 nuevas auroras de rosicler?

Negros ó azules, bellos y amados,
 quién sabe qué albas contemplan ya,
 porque los ojos aquí apagados,
 dentro las tumbas han de brillar.

Trad. de I. G. MALDA.



Sully Prudhomme.

SULLY PRUDHOMME

Acaba de morir en París este altísimo poeta, lleno de sinceridades, de hondas dulzuras y de una rara piedad, que tuvo valor para lanzar á la cara de nuestro siglo industrial estas nobilísimas palabras, síntesis de aquellos sentimientos: «Fuera del amor no existe nada que llene por completo el corazón, y la poesía es el suspiro del corazón que vive en su llama.»

El profundo sentimiento de su poesía, lo tuvo siempre un tanto alejado de los parnasianos. Leconte de L'isle, que tenía una sincera admiración por su talento, decía: «Cierto, Sully Prudhomme es un poeta, *mais il n'est pas de la maison.*» Sin embargo, se destacó en el grupo por su respeto á la forma, por su rebusca de la belleza perfecta, rasgo común de todos los parnasianos, como lo hizo notar muy justamente Catulle Mendès; y en su *Testament poétique*, leemos: «Hoy, es imposible la improvisación; la hoja en que escribí el «Vaso roto,» está cubierta de borrones, porque la misma sinceridad de mi tristeza me obligó á correcciones repetidas para alcanzar la exacta expresión.»

La poesía de Prudhomme, anota bellamente Gauthier, es un vaso de cristal bien tallado y transparente, donde se baña una flor y donde el agua desborda como una lágrima.

A partir de los *Vaines Tendresses*, *La Justice*, *Le Bonheur*, etc., su amor á la humanidad fué cada vez más grande; su espíritu altivo y puro no cesó de producir obras en donde la poesía logró expresar lo que hasta entonces se había creído inexpresable. Partiendo tímidamente del *Vase brisé*, se elevó, pasando por *l'Ideal* y por *l'Art*, hasta las sublimidades de la *Grande Oúrse* y del *Zenith*; subió con luminosas palpitaciones de alas, sugiriendo la idea del alción que tuviese envergadura de águila. ¡Gloria á su bella vida, fecunda en bellas obras! ¡Gloria á su vida armoniosa, toda consagrada por la virtud del sueño y del trabajo; por su filosofía, que enseñó la resignación dolorosa; por su escepticismo de creyente; por su ateísmo religioso, y por su grave tristeza, que atraía como un buen amigo y un consolador austero.



BAJO LOS ÁLAMOS

I

Llueve en la tarde gris.... Bajo el follaje
de la alameda plácida y silente,
se despereza la dormida fuente
como un eterno y musical encaje.

Mientras llora melódico el boscaje,
clavo un instante la mirada ardiente
en la regia apoteosis de occidente,
extasiado en un fúlgido miraje.

Hacia el ígneo poniente, absorto veo
un deslumbrante y purpural trofeo,
que brilla en el azul como una espada
bañada en sangre y refulgente en oro,
mientras como un inacabable lloro
cae la lluvia en lánguida cascada.

II

En el silencio de la tarde fría,
oigo el cantar de la fontana pura:

es un dejo infinito de dulzura,
lleno de amor y de melancolía.

¿Escuchas? El ramaje de la umbría
contesta con idílica ternura.
¡Así también, en nupcias de amargura
se estrechan con amor tu alma y la mía!

Ceñida contra mí, siento el latido
de tu tremante corazón rendido
de pasión á mis súplicas ardientes.
Sin despegar los labios, ¡cuántas cosas
se dicen nuestras almas temerosas,
mientras paseamos mustios y silentes!

III

La tarde lentamente se suicida.
La sombra avanza con discreto paso
y en la lejana curva del ocaso
sucumbe en un fulgor la luz dormida.

A mi lado, de amor estremecida,
contemplas el claror de luz escaso
que semeja, al hundirse en el acaso,
una postrer palpitación de vida.

¿Por qué mi labio trémulo te nombra
con un súbito ardor? ¿Por qué en la sombra
mi alma en un espasmo desfallece
con la tarde que muere en el paisaje?
¡Ay! La angustia en mi pecho crece y crece,
...y te abrazo con ímpetu salvaje!

IV

¿Por qué huiste de mí? Las tentadoras
euritmias de tu cuerpo fascinante,
me hicieron olvidar que en cada instante
que se aleja fugaz, se van las horas.

Mis palabras de amor, imploradoras,
las explosiones de mi labio amante,
mi abrazo tremuloso y anhelante,
mis ansias que estallaban triunfadoras,

pretendieron en vano detenerte,
¡oh novia eterna! junto á mí. Y al verte
desparecer en la alameda oscura,
como si viera tu despojo inerte
en sus rígidas nupcias con la muerte,
sentí una inmensa y espectral pavora!

V

Así, yo espero que la muerte venga
á buscarme mañana, compasiva.
¡Mi existencia es la pálida cautiva
de una neurosis incurable y luenga!

Cuando junto á mi losa se detenga
tu doliente figura pensativa
como fúnebre lámpara votiva
que mi sepulcro abandonado tenga,

sentirás que contesta de mi fosa
una implorante voz: «Te aguardo, esposa.
Ven, su regazo mi pasión te ofrece.....»
Mas, ¿dónde estás? no escuchas? Ay! Te has ido.....
Cantan las aves en el fresco nido.
Ya despiertan los bosques..... Amanece!

MAX HENRÍQUEZ UREÑA.

México, 1907.



JULIO RUELAS*

“Siempre de negro hasta los pies vestido,” como dice del retrato de Velázquez el verso del poeta; siempre vestido de huraña melancolía, diremos nosotros, como presintiendo la vecindad de la muerte, oculta en los pliegues de un destino cruel, pasó Ruelas por el arco triunfal de sus 36 años, para desplomarse en la noche, en una noche prematuramente asesina, cuya traición no tuvo piedad de la hermosura de la juventud ni del valor de la inteligencia creadora.

Heridos en pleno corazón por ese golpe de hacha, que nos arranca á un hermano tiernamente amado, y que deshoja una insigne flor de arte; desconcertados por ese fatal soplo devastador que agosta el fruto, cuando apenas comienza á madurarse al rojo sol la riqueza de la futura vendimia; obscurecida la frente por esa estúpida injusticia que arroja al mismo surco la inanidad de la bellota y la cápsula henchida de un inmortal aroma, no podemos medir el vacío que en la “Revista Moderna” deja la desaparición de Ruelas. Su obra entera está aquí; su selva trágica, poblada de árboles que amenazan los cielos con

* † en París el 16 de Septiembre de 1907.

la furia de sus ademanes, llena de las quejas, de las maldiciones, de las agudas sensualidades, de las blasfemias, de los gritos de angustia y de dolor; de las torturas de la pasión, de los sollozos de la desesperación, de los gestos de ironía y desdén, de las ferocidades y cobardías humanas, se desarrolla en la colección de esta "Revista" con la fuerza y la armonía de una pesadilla dantesca. Tal vez el prestigio más excelso de la "Revista," se funda en la obra de Ruelas; su poderoso talento de ilustrador supo darle el esmalte de una joya gentilicia, y de brillos diabólicos, el acre perfume de una flor maldita y bella y deforme, como una orquídea. Para Ruelas no existieron las serenidades de Goethe, las armonías de Platón, la tristeza humana de Verlaine. Vivió en los negros círculos donde ambuló el padre Dante; como Pascal, sufría la sensación del vértigo continuo; sentía que la tierra le faltaba bajo los pies. Fué un artista de decadencia por sus refinamientos dolorosos; digno de ilustrar con su tenebrosa mano monjil, los breviarios perversos, de Baudelaire, de Alberto Sannain, de Rollinat....

En un próximo artículo se estudiará el acervo de su obra. A nosotros nos faltan las fuerzas; apenas las tenemos para deshojar esta adelfa sombría sobre su tumba.

17 de Septiembre de 1907.



MIS HIJOS

Á Ramón Saenz y B.

Pasaste, dulce Amor, mi amor primero,
 Con tu cauda de níveas ilusiones;
 No dejás en el alma decepciones
 Y fuiste de la dicha mensajero.

Cuánta flor en mi alegre invernadero!
 Qué divinas, Amor, tus emociones!
 Qué dulces, qué sentidas las canciones
 Que aprendieron las aves de mi alero!

Pasaste? No. Piadosa te convierte
 La blanca musa que inspiró mis cantos
 En amores que acaban con la muerte.

Amores que serán para bien mío,
 En mi vejez, los únicos encantos;
 En mis flores mortuorias, el rocío.

ANTONIO CARREÓN.

México, Abril 9 de 1907.



LOS CONVERTIDOS

No tengo objeciones que hacer al sentimiento religioso, y no me choca el hecho de que un hombre simple, educado en una religión, siga profesando esta religión por costumbre. Tampoco extraño que este hombre simple, después de un período de incredulidad superficial, vuelva poco á poco, en sus últimos días, á las creencias de su infancia. Pero no me pasa así con las pendencieras conversiones que ocurren en el mundo de las letras. Se me dirá que estos convertidos literarios entran en la clase de los hombres simples. Sin duda; pero no proceden con simplicidad. Primeramente, su conversión siempre coincide con un libro nuevo, cuyo buen éxito asegura, como por casualidad. Luego, este libro es á veces explicativo, y vemos entonces al hombre simple lanzarse con una incompetencia rara en la apologética, tan-

to general como personal. El convertido literario narra su conversión, y esta narración resulta piadosa, como todas las confesiones que no son impudentes. Se pinta á sí mismo como un siervo, antes, del demonio, y al presente todo entregado á Dios. Sobreviene el elogio de Dios. Sobreviene el elogio de la buena Virgen, muy en boga entre los convertidos, hoy como en el siglo catorce. Yo no sé si Pascal, que poseía una inteligencia de hombre, nombra alguna vez con reverencia particular á la Virgen Santísima. Los pequeños convertidos se acogen, como niños amedrentados, á las faldas celestes de la buena Señora. ¿No era Péladan quien la llamaba en los tiempos verlainianos «esa hermosa ninfa cristiana?» El paganismo católico de los simbolistas era un curioso adorno literario. Estamos lejos de

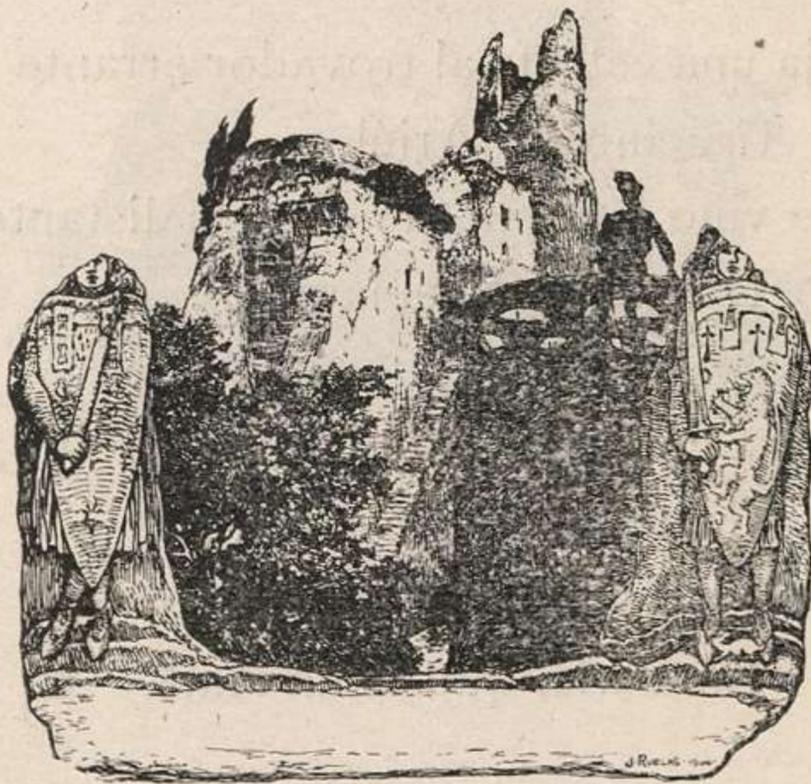
la vieja abuela de Huysmans (que Dios haya su alma) y de sus imitadores. En *Las multitudes de Lourdes*, ella tiene, en verdad, el aspecto demasiado notorio, de ser la conserje de su propio Santuario. ¡Triste y baja mitología!

Pero los escritos apologéticos de Huysmans conservan algo del alto gusto de su literatura tan original. Y además, él no abusa de la confianza. Ha tenido el pudor de dar forma novelesca á sus buenas aventuras místicas: éstas eran para él un pretexto como cualquier otro para compulsar el diccionario analógico que llevaba en su cerebro. Tanto como le estaba permitido á su testarudo egoísmo, trató de generalizar y de escribir, no la historia de su conversión, sino la historia de una conversión. Junto con él permanecemos dentro del arte. ¡Ay! Otros han venido y otros vendrán, pues estamos en plena epidemia, que tendrán otros cuidados. Quieren edi-

ficarnos, muy simplemente, y nos aburren. Vivían, según nos lo confiesan, una vida de trivial concupiscencia, y ahora van, con la ayuda de Dios, á vivir una vida de trivial devoción. Esto les está permitido por completo, ¿pero qué vamos á hacer con sus confesiones, nosotros que respiramos en la incertidumbre del arte ó en la incertidumbre de la ciencia y que despreciamos las verdades que se prodigan á puñados en las escuelas primarias ó en las sacristías?

¿Por qué no decirlo? La única conversión que yo comprendo es aquella que, de la fe en que el azar nos hizo nacer, nos conduce por el trabajo de la vida y del estudio, á las vías sanas y honradas del escepticismo. Yo no digo duda, ni digo incredulidad. El héroe de la conversión no es San Agustín, sino Renan. . . .

REMY DE GOURMONT.





RELIQUIA

(Para la "Revista Moderna.")

Sobre la tumba de Gustavo de Armas,
Sin losa ni inscripción,
Paladín del azur, rinde tus armas
Y abre tu corazón!

Deja una estrofa al trovador errante
Crucificado Ariél,
Que vino aquí, desde el páys distante
Donde crece el laurel. . . .

Piensa cuán triste su destino ha sido,
Cuán hondo su pesar,
Náufrago sin bajel, solo y perdido
En París, que es un mar!

Piensa en sus noches blancas y sin sueño,
Sus noches de hospital. . . .
¡Cómo puedo hacer ánforas de Ensueño
Y rimas de cristal!

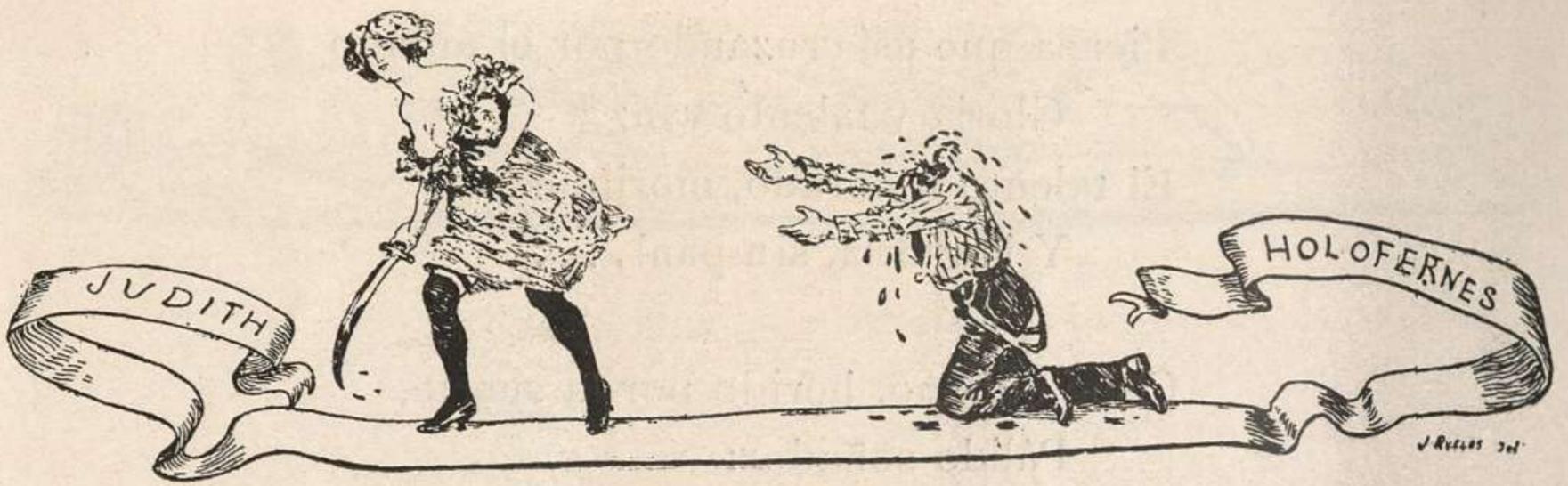
Piensa que así cruzando por el mundo
Gloria y talento van;
El talento ignorado, moribundo,
Y la gloria, sin pan!

Cisne cubano, herido por la suerte,
Pálido soñador:
En el refugio que te dió la muerte
Dejo al pasar, un verso y una flor.

LEOPOLDO DÍAZ.

París, 1907.





REVISTA DE REVISTAS

Doña Marina y Hernán Cortés.—Nuestro Tiempo.—Revista Madrileña de Ciencias y Artes.—En su número de Julio publica un artículo del escritor Lucien Biart, que es el panegírico más entusiasta á la vez que el más injusto de la funesta colaboradora de Cortés. Podrán los descendientes de los conquistadores declarar á la Malintzin el ángel tutelar de su raza en estas regiones, como de cierto lo fué; podrán levantar en un pedestal la memoria de la india lasciva que les hizo una ofrenda de reina; pero nosotros, descendientes á nuestra vez de las víctimas de su apostasía y de su liviandad, sólo vemos en ella lo que fué: el castigo de una raza, inconsciente como la fatalidad misma, que en un momento supremo encarnó en el cuerpo de una infeliz mujer.

«Sin embargo de las excepcionales circunstancias en que se encontró Doña Marina —dice Biart,—supo conquistar á la par el agradecimiento de las diferentes naciones combatientes, una de las cuales hubiera podido, en rigor, considerarla como

traidora á su raza y á su patria.» Y así se la considera, ciertamente; el ilustre D. Ignacio Ramírez, en el discurso pronunciado el 16 de septiembre de 1861 en la Alameda de México, dice: «... Es uno de los misterios de la fatalidad, que todas las naciones deben su pérdida y su baldón á una mujer y á otra mujer su salvación y su gloria; en todas partes se reproduce el mito de Eva y de María; *nosotros recordamos con indignación á la barragana de Cortés*, y jamás olvidaremos en nuestra gratitud á Doña María Josefa Ortiz, la Malintzin inmaculada de otra época, que se atrevió á pronunciar el *fiat* de la Independencia, para que la encarnación del patriotismo lo realizara.»

Tomamos de esta misma Revista la siguiente nota bibliográfica: **POESÍAS DE MIGUEL DE UNAMUNO.**—En alguna parte hay que decirlo; alguien tiene que decirlo: Unamuno no es poeta; es sencillamente lo que puede ser todo hombre de voluntad, lo que debiera ser cada hombre: un pensador constante.—Unamuno no quiere que

le clasifiquen; pero ¡ay! esto no es cuestión de querer ó no querer. Nos siguen espíritus críticos y sintéticos, que expresarán con una sola palabra precisa lo que fuimos, ó no nos recordarán.— Tan viejo se puso ya en España el hábito de no pensar, que parece extraordinario, casi milagroso, el caso de un señor que se preocupe de la muerte.— Y no hay más. Unamuno le tiene un miedo metafísico á la muerte. Y con metafísico miedo á la muerte no se escribe más que un plúmbeo volumen de poesías. Luego, Unamuno es clásico haciendo versos; es clásico, que quiere decir abundante en palabras inútiles, inflexible, frío siempre hasta en sus misticismos, y nunca rico y hondo de sensación.— «El verso —ha dicho un verdadero poeta— lo es todo y lo puede todo.»— Las poesías de Unamuno no son casi nada; no tienen nervio, no tienen dolor sensual, no tienen vibraciones y punzadas cardíacas —apenas hay en ellas corazón, —no tienen más que dolor de sienes, y un ansia demasiado vaga de perdurabilidad.— Las poesías de Unamuno no pueden casi nada; no dan fortaleza, no consuelan, no escalofrían, no tienen el indecible encanto de lo prismático y de lo multicolor.— Todo es de un negro parduzco, miedo metafísico á la muerte.— Y para ser poeta, precisan, por lo menos —además de la rebeldía natural y fiera á la muerte, — otras tres ó cuatro cualidades divinas: un amor desesperado al amor y á la juventud, una imaginación caliente y cambiante y luminosa, una sutileza dolorosa de la retina y del paladar y de la pituitaria, y de los pulpejos, y del tímpano. . . . y una poca de música.— Rubén Darío es casi el ideal.» — Estamos de acuerdo.

Sophía.— Revista Teosófica.— Madrid.— Esta sesuda revista, en su número correspondiente al mes de Julio, trae, entre otros importantes trabajos, un intere-

sante artículo sobre Enrique Federico Amiel, el filósofo de la vida intensa. Glo-sando el célebre «Diario íntimo,» dice el articulista: «Sus confesiones no son cáusticas y agresivas como las de Rousseau. . . . Rousseau es un hombre que ha hecho mucho, y como no sabe si ha hecho bien ó mal, trata de salvarse en el testamento de su espíritu. Amiel no ha hecho nada para los hombres y procura justificarse en su libro. Su obra fué interior, contemplativa, inútil para la marcha de la humanidad. El aliciente de ésta llegó á él suavemente. Los más grandes y trágicos problemas de la vida intentó resolverlos con calma y sutileza. Su libro, hecho en soledad y en misterio, es apagado. Brota de sus páginas un perfume de religiosidad. Todo en Amiel es delicado, casi femenino. Su libro no tiene risas, ni lágrimas, ni himnos; tiene sonrisas, oraciones y nostalgias.

Forma. Revista Artística de Barcelona. En su número 21 dedica un artículo á la poderosa personalidad del pintor Zuloaga, del que dice que con el vigoroso poder que manifiesta en sus lienzos, basta y sobra para que sus más decididos detractores le reconozcan cualidades suficientes, para mantenerlo dentro de su potente personalidad de incansable productor lleno de savia. Además, y como de costumbre, «Forma» nos da en este número copias excelentes de cuadros de Rusignol, de Laurens, Monet, Lerolle, Fernández, Alvarez de Sotomayor, etc., etc.

La República de las Letras.— Madrid.— Siempre interesante y variada, anotamos en el número que tenemos á la vista una semblanza literaria de F. Acebal, hecha por José Francés, y un magnífico artículo sobre la «Poesía Realista Contemporánea en España,» firmado por nuestro querido amigo y colaborador Andrés González Blanco.

El Lucero.— Este semanario de Lima, publica en su número de 5 de Julio, un defectuoso relieve en yeso de T. Mexía, que al decir de la leyenda, representa al poeta Julio Florez, del cual dice: «En nuestra América, Dario Valencia, Chocano, Nervo, Pombo, Silva, son llamados grandes poetas, pero acaso ninguno realice mejor este alto concepto que Julio Florez, que bien puede enorgullecerse de la gloria de ser el único poeta aclamado y á quien nadie discute.» No tanto, no tanto, por Dios!.....

El Fígaro, de la Habana, trae su último número de Julio dedicado á detallar las fiestas celebradas en Villaclara, con motivo de la lápida conmemorativa que se fijó en la casa donde nació el poeta Manuel S. Pichardo. Nosotros unimos nuestra felicitación al homenaje de que ha sido autor el Director de «El Fígaro,» de la Habana, y nos complace consignar la simpática actitud del pueblo antillano, que levanta palmas de triunfo ante los merecimientos de uno de sus más predilectos hijos.

R. L.



ERECCION DE UNA ESTATUA AL "DUQUE JOB"

Lista de la subscripción abierta por la "Revista Moderna de México," hasta el día
30 de Septiembre de 1907.

| | | | |
|-----------------------------------|---------|-------|----|
| Suma anterior... |\$ | 3,394 | 77 |
| Juan Terrazas (de Chihuahua)..... | | 200 | 00 |
| Juan Faudoa | „ | 25 | 00 |
| Otto Kuck | „ | 15 | 00 |
| William H. Kraft | „ | 15 | 00 |
| Cruz E. González | „ | 10 | 00 |
| Guadalupe Galván | „ | 10 | 00 |
| Federico Frenchler | „ | 10 | 00 |
| E. C. Houghton | „ | 10 | 00 |
| José del Riego | „ | 5 | 00 |
| | | <hr/> | |
| Total..... | \$ | 3,694 | 77 |

SALAMMBO.

PALEMBANG

GUSTAVO FLAUBERT.

SALAMMBO

DIBUJOS DE
GEORGES ROCHEGROSSE.

GRABADOS AL AGUA FUERTE DE CHAMPOLLION.

DE LA EDICIÓN FRANCESA DE
A. FERROUD, "LIBRAIRIE DES AMATEURS."



EDICIÓN DE LA "REVISTA MODERNA DE MÉXICO."

MÉXICO

IMPRENTA DE IGNACIO ESCALANTE
Calle de San Andrés N. 69.

1907

GUSTAVO FLAUBERT

S A T A M M B O

DIRECTOR DE

GRUPOS ROCHETROSSE

GRUPOS AL ALTA FUERTE DE FINANZAS

DE FINANZAS

A REQUISITO DE LOS SEÑORES



IMPRESA DE LA UNIÓN

MEXICO

IMPRESA DE LA UNIÓN

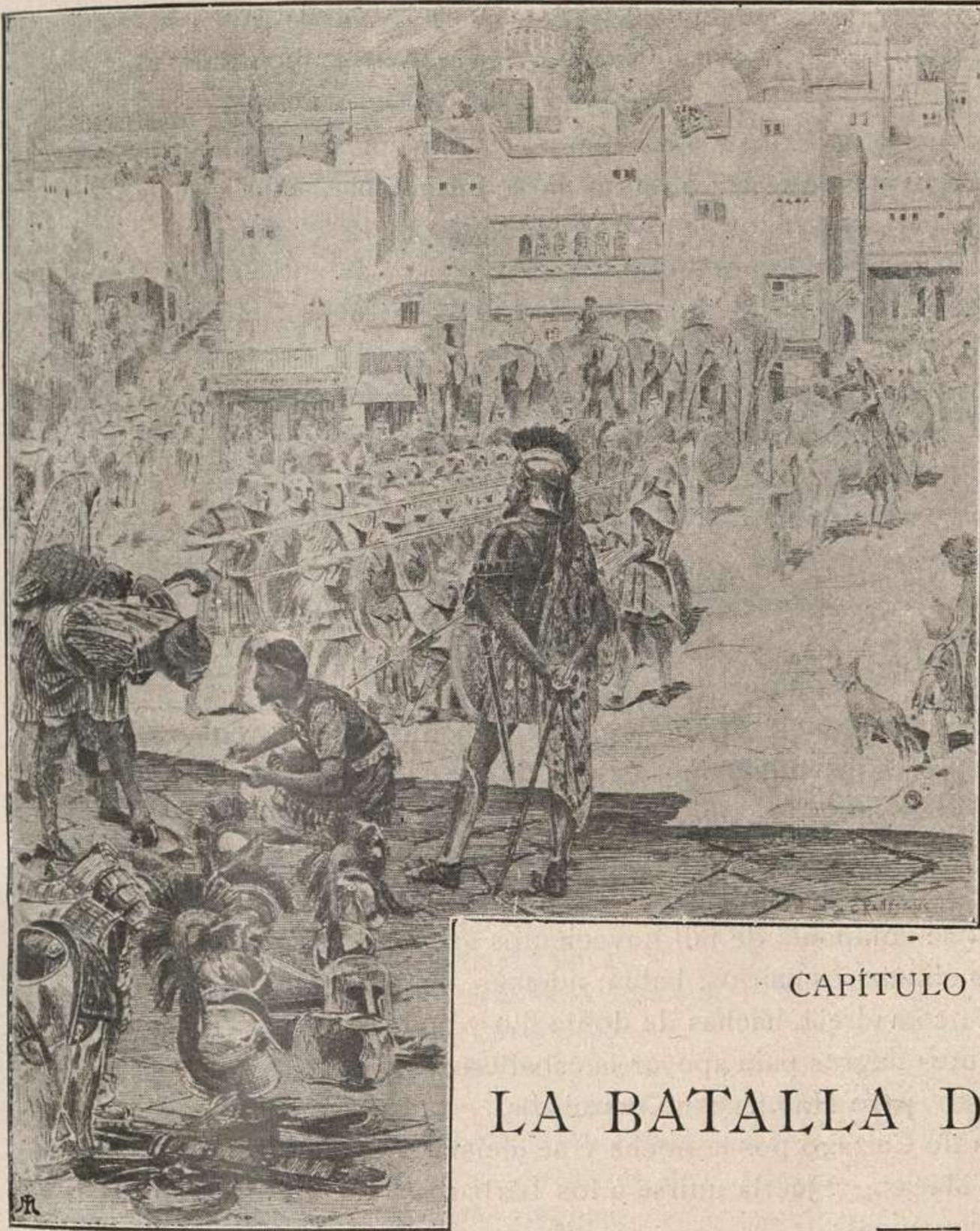
Impreso en México

1957

SALAMMBO.

—
TOMO II.
—





CAPÍTULO VIII

LA BATALLA DEL MACAR

Un día después, Hamílcar recibió de los syssitas, doscientos veintitrés mil kikares de oro y decretó un impuesto de catorce shekels sobre cada rico; hasta las mujeres contribuyeron; se pagaba por los niños y, cosa monstruosa para los cartagineses, se obligó á los colegios de los sacerdotes á dar también dinero.

Reclamó todos los caballos, todas las mulas, todas las armas; á los que quisieron disimular sus riquezas se les confiscó los bienes; y para vencer la avaricia ajena, dió sesenta armaduras y mil quinientos goumors de harina, tanto como la Compañía de marfil. Envió á Liguria, para alistar como soldados, á tres mil montañeses acostumbrados á combatir osos; les pagó por adelantado seis lunas, á razón de cuatro minas diarias.

Necesitaba un ejército; pero no aceptó, como Hannon, á todos los ciudadanos; rechazó á los que tenían ocupaciones sedentarias; luego á los obreros y á los de aspecto pusilánime; pero en cambio, admitió á los perdidos, crapulosos de Malgua; á los hijos de los bárbaros y á los libertos. En recompensa, prometió á los nuevos cartagineses derecho completo de ciudadanía.

Su primer cuidado fué reformar la Legión. Cambió las espadas antiguas por otras más cortas; encargó que los brodequines fueran más fuertes; fijó el número de criados y

redujo el de bagajes; y como había en el templo de Moloch doscientos pilmos romanos, se apoderó de ellos á pesar de las protestas de los sacerdotes. A los oficiales les hizo andar, saltar, correr, luchar cuerpo á cuerpo; en una palabra, los acostumbó á las más duras fatigas.

Con los que habían vuelto de Utica y otros que poseían los particulares, organizó una falange de sesenta y dos elefantes, que armó de un modo formidable. Dió á los conductores un escoplo y un martillo para que les hendieran el cráneo si se rebelaban.

No permitió que el Gran Consejo nombrara los generales. Los antiguos le objetaban las disposiciones de las leyes; pero no le importaban; nadie se atrevía á murmurar y todo cedía á la violencia de su genio.

Se encargó de la guerra, del gobierno y de la hacienda; y para prevenir acusaciones, hizo nombrar á Hannon su adjunto de esta última.

Hizo trabajar en las murallas, y para tener piedra en abundancia, ordenó se derribaran los antiguos recintos que no reportaban ya utilidad alguna.

Tropas armadas recorrían á todas horas las calles; y constantemente resonaban las trompetas; en grandes carros pasaban escudos, tiendas de campaña, lanzas; las mujeres hacían hilos y vendajes en los patios, y el ardor de los unos se comunicaba á los otros. El alma de Hamílcar llenaba la República.

Con los tres mil ligurios y los mejores hombres de Cartago, formó una falange de cuatro mil noventa y seis hombres defendidos por cascos de bronce, y que manejaban lanzas de fresno de catorce codos de largo.

Dos mil jóvenes llevaban hondas, un puñal y sandalias; y se les reforzó con ochocientos más, armados de un escudo redondo y una espada romana.

La caballería pesada se componía de mil novecientos guardias, cubiertos de escamas de bronce rojo como los clinábaros asirios; había, además, cuatrocientos arqueros ecuestres con gorras de piel de comadreja, hachas de doble filo y túnicas de cuero; por último, había armado mil doscientos negros para apoyar la caballería.

Todo estaba dispuesto, pero Hamílcar no marchaba.

Con frecuencia salía de Cartago por la noche y se alejaba más allá de la laguna, hasta la desembocadura del Macar. ¿Quería unirse á los bárbaros? Los ligurios, acampados en los Mappales, rodeaban su casa.

Las aprehensiones de los ricos parecieron justificarse cuando un día se aproximaron trescientos bárbaros á Cartago y Hamílcar mandó que se les abrieran las puertas: eran tráfugos que por debilidad ó por temor volvían junto al suffeta.

La vuelta de Hamílcar no sorprendió á los mercenarios, porque, según ellos, aquel hombre no podía morir; volvía para cumplir sus promesas, esperanza que no era absurda si se tiene en cuenta que mediaba un verdadero abismo entre la patria y el ejército; además, no se creían culpables y habían olvidado el festín por completo.

Los espías que sorprendieron les desengañaron; fué un triunfo para los más encarnizados y hasta los indiferentes se pusieron furiosos; los dos sitios les aburrían, no adelantaban un paso; ¡más valía una batalla! Al tener noticia de los armamentos, Matho saltó de alegría «¡Por fin! ¡Por fin!» exclamó.

Entonces el resentimiento que sentía por Salammbó recayó en Hamílcar; su odio veía al cabo una presa determinada y creía ya saborear su venganza. Tan pronto se veía rodeado de sus soldados, llevando la cabeza del suffeta en una pica, como en un lecho de púrpura estrechando entre sus brazos á la virgen, cubriendo de besos su rostro, pasando sus manos por su negra cabellera; y aquellas visiones, que sabía irrealizables, le atormentaban. Juró que ya que sus compañeros le habían nombrado schalishim, se mostraría digno de tal cargo en la guerra, y la seguridad de que no volvería de ella, le hacía implacable.

“REVISTA MODERNA DE MEXICO”

MAGAZINE ILUSTRADO.

| | |
|--|---------|
| Subscripción en la ciudad, semestre adelantado | \$ 3 00 |
| En los Estados y Extranjero „ „ | 4 00 |
| Número suelto, en la ciudad | 0 60 |

Propietarios: JESUS E. VALENZUELA y AMADO NERVO.

Director: JESUS E. VALENZUELA.

Consultor artístico: JESUS URUETA.

Secretario de Redacción: EMILIO VALENZUELA

Dirección: Cordobanes núm. 2. Apartado 49 bis.

SUMARIO DEL NUMERO 2.

TEXTO:

- Julio Ruelas.—José López-Portillo y Rojas.
Salutación lírica.—Leopoldo Díaz.
Julio Ruelas.—Angel Zárraga.
Idilio.—Salvador Díaz Mirón.
Exegesis de un capricho al óleo, de Ruelas.—José Juan Tablada.
En la noche.—Jesús E. Valenzuela.
El Mago.—Amado Nervo.
Julio Ruelas.—Amado Nervo.
A Julio Ruelas.—Rafael López.
El arte de Ruelas.—Rubén M. Campos.
Lobreguez.—Manuel José Othón.
Piedad...!—Jesús E. Valenzuela.
El Secreto del Fraile.—Enrique González Martínez.
Auto de fe.—Enrique González Martínez.
Julio Ruelas. Silueta.—Arturo R. de Carricarte.
El Éxtasis —Leopoldo Lugones.
Muerte de un artista mexicano.
Notas sobre Ruelas.—Alfonso Cravioto.
Julio Ruelas —Opiniones de «El Tiempo Ilustrado.»
Julio Ruelas. In Memoriam.—José F. Elizondo.
Julio Ruelas.—Varias Opiniones.
Notas.
Folletín de la «Revista Moderna.»

GRABADOS:

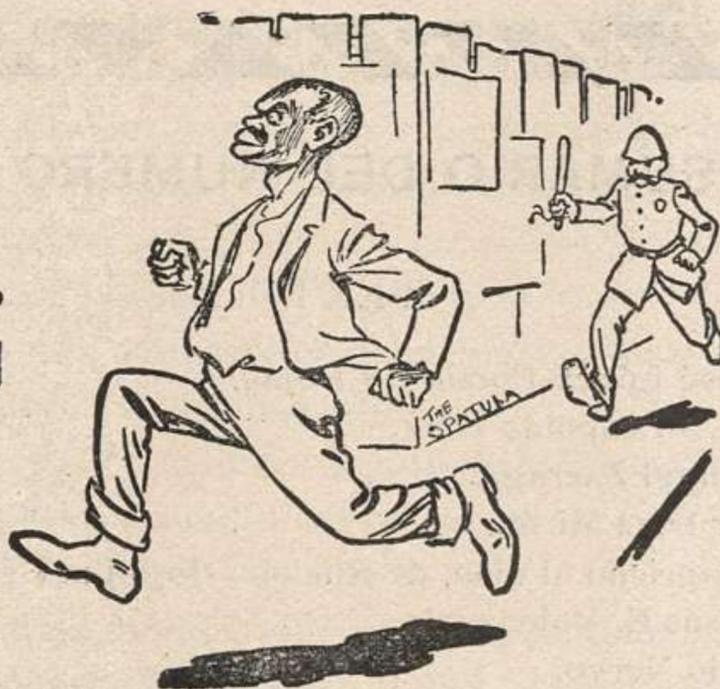
- Julio Ruelas, muerto en París el 16 de Septiembre de 1907.
La llegada de Luján á la «Revista Moderna.»
Homenaje.
Diversas ilustraciones de un libro en prensa.
La Leyenda de la Reina Mora.
Meduse. Aguafuerte de Julio Ruelas.
Aguafuerte de Julio Ruelas.
Ilustración del Preludio de «Dulcinea.»
La Bella Otero.
Colección de estudios de Julio Ruelas.

LAS PILDORAS NACIONALES

SON UN MARAVILLOSO

REMEDIO ANTIPALUDICO

Mucho más eficaz
que la quinina
Contra Calenturas,
Influenza, Debilidad
y Anemia.



No exigen dieta.

A la vez que es-
timulan el apetito y
producen sangre y
fuerzas, destruyen
todo germen de Ma-
laria ó Paludismo,
sin ser purgantes.

¡HACEN CORRER A LAS CALENTURAS!

DE VENTA:

En todas las Droguerías y Boticas

Cajas chicas . . . \$ 0 50

Id. grandes . \$ 1 25

Descuentos Liberales
al Comercio.

Las enviamos

á cualquier parte

Por Correo

FRANCO DE PORTE

A toda persona que lo solicite
le enviaremos "gratis"
un folleto.



Compañía de las Píldoras Nacionales.

Primera de San Francisco Núm. 14.